

MANIFIESTO DE LA IIIª CONFERENCIA
DE LA FRACCIÓN TROTSKISTA POR LA CUARTA INTERNACIONAL (FT-CI)

LA SITUACIÓN
INTERNACIONAL
Y LAS TAREAS
DE LOS MARXISTAS
REVOLUCIONARIOS HOY

EL PRESENTE MANIFIESTO FUE APROBADO POR LA IIIª CONFERENCIA DE LA FRACCIÓN TROTSKISTA – CUARTA INTERNACIONAL, REALIZADA EN BUENOS AIRES EN ABRIL DE 2005, Y SU REDACCIÓN FINAL ESTUVO A CARGO DE LA COMISIÓN DE COORDINACIÓN DE LA FT-CI. GRAN PARTE DEL TEXTO DE BOLIVIA FUE RE-REDACTADO POSTERIORMENTE TOMANDO EN CUENTA LAS ELABORACIONES DE LA LOR-CI DURANTE LOS ÚLTIMOS ACONTECIMIENTOS. ESTE MANIFIESTO SERÁ PUESTO A CONSIDERACIÓN DE LOS MILITANTES Y SIMPATIZANTES DE LAS DISTINTAS ORGANIZACIONES QUE COMPONEN LA FT, PARA SU VOTACIÓN EN CONFERENCIAS O CONGRESOS NACIONALES, Y POSTERIORMENTE, RATIFICADO O RECTIFICADO EN LA IVª CONFERENCIA DE LA FRACCIÓN TROTSKISTA – CUARTA INTERNACIONAL.

LA FT-CI ESTÁ INTEGRADA POR:

LA LIGA OBRERA REVOLUCIONARIA – CUARTA INTERNACIONAL (LOR-CI) DE BOLIVIA;
CLASE CONTRA CLASE DE CHILE;
LA LIGA DE TRABAJADORES POR EL SOCIALISMO – CONTRA CORRIENTE (LTS-CC) DE MÉXICO;
LA LIGA ESTRATEGIA REVOLUCIONARIA – CUARTA INTERNACIONAL (LER-QI) DE BRASIL;
EL PARTIDO DE TRABAJADORES POR EL SOCIALISMO (PTS) DE ARGENTINA;
LA JUVENTUD DE IZQUIERDA REVOLUCIONARIA DE VENEZUELA
Y COMPAÑEROS QUE MILITAN EN FRANCIA, EL ESTADO ESPAÑOL, INGLATERRA Y ALEMANIA.

JUNIO DE 2005

INTRODUCCION

Las últimas décadas estuvieron caracterizadas por la ofensiva burguesa sobre el trabajo, sobre los países semicoloniales y sobre los ex estados obreros burocratizados. Esta fue la respuesta del capital al período convulsivo abierto en los '70. Esta década estuvo marcada por la crisis de acumulación capitalista después del boom de la posguerra, la emergencia de potencias competidoras como Alemania y Japón y el ascenso obrero y popular del '68/'81, en los países centrales y, en forma más aguda en la periferia, que socavaron la relativa estabilidad del Orden de Yalta, hegemonizado por EE.UU., cuestionando las bases de su dominio. Este período marcó el fin de la llamada "hegemonía benevolente" del imperialismo norteamericano y lo obligó a éste a pasar a la contraofensiva para prevenir una muy rápida erosión de su poder, tanto en la arena económica como en el terreno militar. Como resultado de esta reacción imperialista, Estados Unidos logró enlentecer los ritmos de su decadencia, alcanzando una recomposición relativa de la hegemonía. Esta política que se inició con Reagan en la década de los '80 tuvo su punto más alto en la década del '90 donde la debacle de la URSS y su reafirmación como potencia triunfante de la guerra fría le permitió crear el espejismo de un dominio indisputado sobre el mundo, ocultando y aminorando las contradicciones de su dominio. El reforzamiento de la ofensiva liberal y la extensión del capital a nuevas áreas geográficas antes vedadas para su explotación llegó a un triunfalismo burgués desenfrenado, dando lugar a una década de prosperidad y renovada confianza capitalista.

El fin de la década de los '90 marcó un punto de inflexión con respecto a la situación de las décadas precedentes. La apertura de este nuevo período en la situación internacional, es el resultado de los siguientes factores:

1) El fin del boom de la economía norteamericana de fines de los '90 y a nivel más general, el desarrollo de las contradicciones inherentes a la mayor internacionalización del capital y de un importante desequilibrio en la economía mundial, que se había anunciado en la crisis asiática de 1997-99.

2) Un cambio significativo en la política exterior del imperialismo norteamericano que siguió a los atentados del 11-9 hacia una orientación ofensiva tendiente a generar las condiciones para reafirmar el dominio norteamericano sobre el mundo, lo que ha llevado a debilitar instituciones internacionales como la ONU, y a redefinir el rol de otras como la OTAN, poniendo en cuestión el sistema que desde la segunda postguerra rige en líneas generales las relaciones internacionales.

3) Como consecuencia de lo anterior, estamos presenciando un desarrollo sin precedentes en los últimos años de las tensiones interestatales entre las grandes potencias, fundamentalmente entre Estados Unidos por un lado y Francia y Alemania por otro, que alcanzaron niveles importantes previo a la guerra norteamericana contra Irak y que muestran un punto de falla en las relaciones internacionales que seguirá actuando a largo plazo, independientemente de las distintas coyunturas de mayor cooperación o diálogo o de mayor enfrentamiento por las que

atravesen estas relaciones. En el corto plazo, la crisis que se ha abierto en el proyecto de la Unión Europea tras el triunfo del NO en el plebiscito sobre la Constitución Europea en Francia y en otros países, es un handicap a favor de Estados Unidos.

4) Una recuperación lenta pero sostenida del movimiento de masas luego del retroceso de casi dos décadas que implicó la ofensiva neoliberal, el impacto de la restauración capitalista en curso y el profundo retroceso en la conciencia de clase y la organización independiente del proletariado. La huelga de los empleados públicos franceses en 1995 marcó un punto de inflexión en un proceso de reversión ideológico-político del derrotismo de los años precedentes. A la emergencia de aliados del proletariado, como sectores juveniles anticapitalistas principalmente en los países centrales, campesinos, etc. que se venía desarrollando, se incorporó como un elemento de importancia la tendencia a la acción directa en América Latina y una creciente actividad del movimiento obrero. Esta lenta recuperación de sectores avanzados del movimiento de masas se da en el marco de una creciente polarización social y política a izquierda y derecha, lo que puede estar preanunciando el desarrollo de acontecimientos más convulsivos allí donde las contradicciones son más agudas, como ya lo viene anticipando el proceso revolucionario abierto en Bolivia en octubre de 2003, y que alcanzó un nuevo pico en junio de 2005.

Desde el punto de vista de la situación internacional, lo más dinámico es la pérdida de legitimidad del dominio norteamericano y el intento de Estados Unidos de redefinir un orden mundial según sus intereses nacionales.

Si bien la decadencia de la hegemonía norteamericana es un elemento histórico, que comenzó a mediados de la década del '70 con la derrota de Estados Unidos en Vietnam, y seguirá actuando en el largo plazo, este proceso se ha acelerado después de los atentados del 11 de septiembre de 2001, precipitando el giro del gobierno de Bush hacia una política exterior más unilateral y guerrera. La oposición a la guerra de Irak de potencias imperialistas como Francia y Alemania, de gobiernos semicoloniales y del movimiento de masas a nivel mundial, puso de manifiesto crudamente la polarización que genera esta política ofensiva.

Estamos atravesando un período en el que Estados Unidos sigue siendo la principal potencia imperialista, pero su dominio no es aceptado pasivamente sino que, por el contrario, es cada vez más cuestionado o resistido por distintos actores que se fueron perfilando en el curso de la última década. Su creciente militarismo es una muestra de debilidad y no de un dominio indiscutido, una muestra de su pérdida de consenso y la necesidad de apelar a métodos más brutales para sostener su hegemonía a nivel mundial.

Este es el principal elemento por el cual desde nuestro punto de vista se ha abierto una etapa preparatoria, en la que a diferencia de los años precedentes de incesante ofensiva burguesa y derrotas importantes del movimiento obrero y de masas, se combinan golpes reaccionarios como la guerra contra Irak con una tendencia a una mayor resistencia del movimiento de masas y a una incipiente recomposición de la subjetividad proletaria, aunque la lucha de clases no sea lo que predomine.

El inicio de este nuevo siglo, signado por la decadencia de la hegemonía del imperialismo norteamericano, los conflictos entre las potencias imperialistas, el creciente militarismo, la polarización social y la lenta emergencia del movimiento de masas, plantea la necesidad de avanzar en un programa revolucionario que esté a la altura de los próximos combates de los oprimidos en el período que se abre.

PARTE I

FUNDAMENTOS

I. LAS PERSPECTIVAS DE LA ECONOMÍA MUNDIAL

“Globalización” e Imperialismo

En las últimas décadas se desarrolló un importante avance en la internacionalización de la economía, con la expansión del capital hacia nuevas zonas geográficas que antes le estaban vedadas, como por ejemplo la ex URSS y los países de Europa del Este y el avance de la restauración capitalista en China. Este proceso, que se acompañó del triunfalismo del “libre mercado” luego de la caída del llamado “socialismo real”, dio lugar a una nueva moda ideológica que pregonaba que con la “globalización”, el capital había superado a su modo las contradicciones de la época imperialista, como las rivalidades entre potencias que llevaron en el siglo XX a dos guerras mundiales, y la contradicción entre la internacionalización de las fuerzas productivas y los estados nacionales, en detrimento de estos últimos.

Si comparamos la configuración que tenía el imperialismo a principios del siglo XX con la situación actual, han ocurrido grandes transformaciones, que a modo de síntesis han sido: a) que los grandes monopolios y corporaciones aumentaron enormemente su poder en los últimos treinta años, mediante un proce-

so acelerado de fusiones y adquisiciones, es decir mediante una mayor concentración y centralización del capital en la mayoría de las ramas productivas; b) que conquistaron nuevos mercados territoriales y pusieron nuevas esferas de actividad humana bajo su dominio en un proceso de mercantilización general que abarca también la educación, la cultura, las jubilaciones y la medicina, por nombrar sólo algunas de las áreas significativas; c) que las potencias dominantes tienden a buscar que el control económico que ejercen en áreas del mercado “global” se exprese en instituciones jurídicas y políticas supranacionales; d) que estos dos fenómenos han llevado a un cierto debilitamiento de la “soberanía” de los estados nacionales, aunque en forma desigual según los casos que se consideren; e) que los desarrollos científicos y técnicos agudizan la contradicción entre una producción crecientemente socializada y compleja con la imposición de una medida (“miserable”, al decir de Marx) que permita su valorización y su intercambio mercantil; f) que se ha desarrollado una nueva división mundial del trabajo, en donde ciertos países (los países centrales) tienden a concentrar los trabajos complejos y la ciencia básica, otro número de países (fundamentalmente

el Asia y en particular China) la explotación intensiva de la fuerza de trabajo mediante un fuerte desarrollo de la manufactura en países de la periferia sin parangón en la historia del siglo XX, otro sector de la periferia que se ubica como proveedor de materias primas sufriendo una desindustrialización relativa como es el caso de América del Sur, y un cuarto sector de países que funcionan esencialmente como reservorios de población obrera privados de toda posibilidad de integrarse en el proceso de producción, como es el caso de gran parte del continente africano; g) el crecimiento del comercio mundial en forma más rápida que la producción, en especial el comercio intra-firma y por el creciente peso de la inversión extranjera directa en los países centrales y en los países de la periferia; h) la hipertrofia de las finanzas, creando un verdadero mercado mundial globalizado; i) por último, y como consecuencia de todos estos cambios, se ha desarrollado una creciente gravitación de la ley del valor a nivel mundial. La mayor influencia de las transnacionales, sobre todo en el campo de la producción de bienes transables, pero cada vez más en otras áreas de valorización del capital, como los servicios, tiende a la formación de precios mundiales en cada vez más ramas de la economía.

Todos estos elementos marcan una diferencia con el “imperialismo clásico” donde los países de la periferia capitalista eran integrados a la economía mundial como abastecedores y productores de materias primas para los centros metropolitanos. También es diferente del despliegue en los años del boom de las multinacionales y su instalación de filiales en mercados protegidos. Lo nuevo es que la “especialización” primaria como productores de materia prima, se combina con la integración de un importante número de países de la periferia a los circuitos de la producción manufacturera internacional administrados por las transnacionales, proceso permitido por el abaratamiento significativo del transporte y de las comunicaciones.

Pero estas transformaciones, lejos de crear un espacio económico mundial homogéneo y armónico, como proclaman los ideólogos de la “globalización”, no han producido un “cambio epocal” sino que han exacerbado las características básicas del imperialismo, reforzando el desarrollo desigual de países, regiones y ramas de la economía, aumentando las brechas entre naciones ricas y pobres, entre la burguesía y el proletariado, entre ramas dinámicas y sectores sumergidos de la economía, en suma, acrecentando la contradicción entre la producción social de la riqueza y la internacionalización de las fuerzas productivas por un lado, y su apropiación por un número reducido de corporaciones y estados imperialistas por el otro.

A su vez, la creciente financierización de la economía con el boom de las inversiones especulativas en los mercados de valores, los mercados inmobiliarios, los bonos de deuda pública, entre otros, dejaron al descubierto el carácter parasitario del capitalismo y aumentaron considerablemente la volatilidad de la economía, como se vio en la propagación de la crisis asiática de 1997 que llegó a Rusia, Brasil e hizo estragos en Argentina.

Hoy la producción y el comercio mundial están dirigidos por 500 supermonopolios industriales, bancarios y del agrobusiness, cuyas casas matrices se encuentran en un puñado de países que componen el selecto grupo de potencias imperialistas, como Estados Unidos, Alemania, Japón, Francia, Gran Bretaña e Italia.

La economía de Estados Unidos sigue siendo la principal economía del mundo, pero su peso relativo ha descendido desde un 50% del PBI mundial a la salida de la segunda guerra, hasta alrededor del 25% del PBI mundial. Aunque sus monopolios siguen siendo los primeros en el ranking mundial han perdido influencia a manos de transnacionales japonesas y europeas.

Contrariamente al sentido común que dio por muerta la competencia capitalista con la conformación de mega corporaciones centralmente como resultado de las fusiones y adquisiciones de firmas, se ha intensificado la lucha por quedarse con porciones significativas del mercado, lo que ha llevado a la conformación de bloques económicos alrededor de las potencias imperialistas y sus zonas de influencia, como el Tratado de Libre Comercio entre Estados Unidos, Canadá y México; la Unión Europea y la ASEAN asiática.

Estos bloques económicos se han enfrentado en pequeñas “guerras comerciales” en la Organización Mundial del Comercio, por los subsidios al agro, por los estándares de las compañías aéreas comerciales, entre otros temas, defendiendo los intereses de sus monopolios, haciendo fracasar reuniones cumbre y permitiendo que países semicoloniales de importancia como Brasil y la India aprovechen esas diferencias en las negociaciones.

La expoliación de las semicolonias

Durante los '90, la imposición del llamado “Consenso de Washington” en el mundo semicolonial, basado en la desregulación de los mercados, la apertura económica a la penetración del capital extranjero, las privatizaciones de empresas de servicios públicos, la mercantilización de áreas de la actividad humana como

la educación, la cultura, la medicina, entre otras, y la flexibilización creciente de la fuerza de trabajo, reforzó la expoliación imperialista.

El cuadro se completó con la doble carga del pago oneroso de la deuda externa y del deterioro en los términos de intercambio de las materias primas, derivando en el empobrecimiento de amplias zonas de la periferia.

Los propagandistas a sueldo del capital le atribuyen al neoliberalismo un rol “modernizador” que supuestamente permitió incorporar al “primer mundo” a los países semicoloniales. Muy por el contrario, el proceso de internacionalización de la producción industrial y la incorporación a este proceso de algunos países atrasados, ha permitido que las corporaciones transnacionales obtengan ganancias extraordinarias producto del abaratamiento de la fuerza de trabajo y de que para atraer capitales los gobiernos de los países periféricos han eliminado prácticamente las cargas fiscales al capital, la protección social, y casi toda regulación legal sobre el medio ambiente y estándares de calidad.

Las burguesías locales optaron por transformarse en socias menores del saqueo imperialista. Los gobiernos entreguistas liquidaron las riquezas nacionales y los recursos naturales. El gobierno de Menem en Argentina llegó al colmo de entregar a la española Repsol las reservas petroleras del país.

Millones de trabajadores perdieron sus empleos con las privatizaciones y las reestructuraciones de las firmas. América Latina se transformó en el continente de mayor desigualdad social, lo que motorizó la acción directa de masas en algunos países como Argentina, Bolivia, Perú o Ecuador.

Las contradicciones del proceso de restauración capitalista en China y Rusia, y de su incorporación plena a la economía mundial capitalista

La caída de los regímenes stalinistas en Europa del Este, y principalmente la desintegración de la URSS y el curso que ha tomado la restauración capitalista en China, han significado la ampliación geográfica y social del dominio del capital hacia amplias zonas del planeta, extendiendo las posibilidades de explotación a centenares de millones de trabajadores que actúan como mano de obra barata y ampliando las perspectivas de los mercados de bienes y servicios a millones de nuevos consumidores.

Pero fundamentalmente han agudizado la competencia entre monopolios y potencias imperialistas por conquistar nuevas áreas de influencia, mercados y

fuentes de materias primas, en el marco de la estrechez del mercado capitalista mundial. Así mientras la Unión Europea está tratando de reafirmar su dominio en los estados de Europa del Este transformándolos en su patio trasero, incorporándolos a la Unión, desde el punto de vista político, Estados Unidos intenta tener una influencia mayor sobre estos países, como demostró en el apoyo que logró de algunos de ellos como Polonia en la guerra contra Irak. Pero estas disputas son sólo el anticipo de una pelea mayor por ver quién se beneficia estratégicamente con la restauración en los colosos chino y ruso, como muestran las divergencias sobre el levantamiento del embargo de armas a China por parte de la UE con la oposición de los EE.UU., y la distinta política hacia Rusia de este último con respecto a Europa, en particular Alemania.

El desmantelamiento de la economía planificada en Rusia implicó una brutal destrucción de fuerzas productivas y un enorme retroceso económico, social y cultural. El carácter depredador que adquirieron las privatizaciones dio lugar al surgimiento de una nueva capa de oligarcas, fuertemente ligados a Occidente, que se han apropiado de los recursos naturales como el gas y el petróleo y que sin capital para competir en el mercado mundial, se aprestaban a transferir la propiedad de sus activos al capital petrolero internacional, en particular norteamericano. Esto ha obligado a la confiscación de sus propiedades por parte del estado ruso, que se erige de esta manera como el árbitro entre el capital internacional y la apropiación de los recursos naturales rusos. Sólo después de esta acción el gobierno norteamericano ha iniciado una fuerte campaña propagandística contra el carácter autoritario del gobierno de Putin -carácter que los mismos EE.UU. ayudaron a consolidar durante la década pasada- que busca crear fuerzas abiertamente proimperialistas al interior de Rusia. Esto en el marco del aceleramiento de la pérdida de influencia geopolítica de la otrora superpotencia, ya no sólo en Europa del Este y los países Bálticos, actualmente incorporados a la OTAN, sino también en su patio trasero. El ejemplo más reciente es el retroceso ruso en el Cáucaso y en Asia Central, luego del levantamiento en Kirguistán, que fue aprovechado por EE.UU.. La situación en Ucrania luego del triunfo de la “revolución naranja”, es aún más grave para Putin, debido al rol clave de este país para la seguridad nacional rusa. La burocracia restauracionista rusa está sufriendo las consecuencias del giro procapitalista que los gobernantes rusos desde Gorbachov hasta Putin vienen llevando adelante en los últimos veinte años: su ilusión de asentarse como una nueva clase burguesa de una potencia capitalista

apelando al capital internacional para modernizar su parque industrial y tecnológico, ha redundado por el contrario en una pérdida de su estatus en el tablero internacional y en una desintegración territorial que amenaza la supervivencia de la misma federación rusa. Los resultados geopolíticos cada vez más desastrosos y la hostilidad de la población a las reformas de mercado, por un lado, y la presión norteamericana, por el otro, están socavando las bases de sustentación del bonapartismo de Putin. Esta realidad abre a mediano plazo un pronóstico alternativo: o un salto en la penetración imperialista en la misma Rusia y su transformación en un país semicolonial como Brasil, o una reacción de la clase obrera rusa que, aprovechando la debilidad de su clase gobernante y las brechas entre las diversas potencias imperialistas, impida esta perspectiva ominosa y revierta todos los desastres que ha significado la restauración capitalista cuestionando el poder de la burocracia restauracionista y de los nuevos ricos.

China viene beneficiándose contradictoriamente de las “ventajas del atraso”, es decir, de su menor desarrollo industrial, y de su enorme reserva de mano de obra barata, alcanzando cifras de crecimiento sostenido de 9% por más de una década. Esta situación ha llevado a muchos a hablar de China como la “nueva potencia” del siglo XXI, disminuyendo las consecuencias del carácter desigual y dependiente de este desarrollo para las perspectivas de la economía china. En el plano interno, la penetración del capital extranjero ha exacerbado una desigualdad insostenible entre las zonas costeras, donde se concentra la inversión, y las zonas que dependen para el empleo de viejas fábricas estatales quebradas o de la explotación del campo. El desarrollo chino tiene así un carácter explosivo y unilateral, cuyas consecuencias desde el punto de vista social son la profundización de la polarización, la concentración de la riqueza y las protestas que genera el desmantelamiento de la economía estatal, todavía mayoritaria, y la crisis agraria.

El futuro en el largo plazo del crecimiento chino y de su exitosa integración a la economía mundial dependerá del estado de salud del capitalismo mundial. En todos estos años, China se benefició muchísimo más que otros países por su vasto pool de mano de obra barata, de la tendencia de las economías y multinacionales de los países imperialistas que están en una carrera desenfrenada para bajar los costos para recuperar la rentabilidad después de la crisis de los '70, que fue el primer momento donde la tasa de ganancia de las principales economías comenzó a descender. Esta tendencia sigue siendo una realidad de la economía mundial que se ha profundizado como salida a la

sobreinversión de los '90, no sólo en cantidad sino a nuevos sectores (servicios), pero viene siendo contrarrestada por una tendencia opuesta que surge del mismo proceso de reestructuración y relocalización capitalista de las últimas décadas: la falta de mercados para los niveles de tasa de ganancia que los cambios en el proceso productivo permitan valorizar y realizar.

El camino aplicado, aunque ha recuperado la rentabilidad, ha redundado en una nueva estrechez del mercado capitalista mundial, llevando no a una expansión como en el boom de la posguerra sino a una lucha despiadada por los mercados. De esta lógica de hierro resulta la búsqueda incesante de fuentes de mano de obra barata que ha beneficiado particularmente a China como el “nuevo milagro capitalista”, pero que a su vez pone un gran interrogante sobre la sustentabilidad de esta nueva división mundial del trabajo, a menos que se crea alegremente el sueño sin fundamento de las grandes empresas de una China que emerja como gran potencia consumidora, cuestión que es difícil de esperar por razones internas y externas, al menos en un ritmo que evite potenciales cataclismos económicos en los próximos lustros. La esperanza de Occidente en que el mercado chino se convierta no sólo en un “gran ensamblador del mundo” sino también en un nuevo mercado consumidor que permita reequilibrar la economía mundial, mantenida durante todos estos años por el crecimiento más allá de sus posibilidades del consumo norteamericano, no resiste la menor prueba.

En otras palabras, la ampliación geográfica del capital al tiempo que fue una salida momentánea para el capitalismo mundial en las décadas pasadas, sobre todo en los '90, ha significado una intensificación de la competencia intermonopólica en busca de nuevos mercados, lo que a largo y mediano plazo tiende a agravar la crisis capitalista.

Los desequilibrios de la economía mundial

La creciente internacionalización de la economía, que fue una de las respuestas a la crisis de acumulación del capital iniciada en la década del '70, se manifiesta en la fuerte volatilidad del capitalismo mundial. A pesar de su apariencia de invencibilidad el capitalismo mundial sufrió en los últimos once años cinco crisis regionales que impactaron a los países centrales, aunque gracias a la acción de los gobiernos y los bancos centrales pudieron ser contenidas. Es decir, casi una crisis cada dos años, o más aún si incluimos la crisis de la economía norteamericana en 2001/2002. Este fue el caso de la crisis del “tequila” de 1994, que hundió los bonos del Tesoro norteamericano y que obligó al salva-

taje de los bonos de la deuda mexicanos por el gobierno de Clinton, o la crisis que se inició en Asia en 1997 y que luego se extendió a Rusia en 1998 llevando al default de su deuda externa, que golpeó fuertemente a Wall Street, impulsando a la Reserva Federal de Estados Unidos a sostener al fondo de inversión LTCM para evitar que su caída se transformara en el desencadenante de una crisis financiera internacional. En 1999 Brasil fue la siguiente víctima, aunque logró capearla, no así Argentina, lo que culminó en 2001 en el default de deuda soberana más grande de la historia. Por último, luego del hundimiento de las acciones “punto.com”, la economía norteamericana entró en recesión, que si bien fue leve por las medidas tomadas, vio las bancarrotas y los fraudes de negocios más grandes de la historia, como fue el caso de la Enron o World Com. Todos estos elementos muestran que, a pesar de la mayor expansión geográfica y a nuevos ámbitos del capital en las últimas décadas, la economía mundial no ha conseguido una estabilidad duradera.

Es en este marco que debemos ver la fuerte recuperación de la economía mundial en 2003 y 2004 impulsada por el consumo norteamericano y la inversión china. El carácter desigual de esta recuperación, de la que Estados Unidos se beneficia, mientras que los principales países de la Unión Europea están sufriendo un estancamiento con pronósticos de crecimiento casi nulos, es una expresión más de los profundos desequilibrios de la economía mundial.

La recuperación de Estados Unidos, luego de la recesión de 2000-2002, se basó esencialmente en tres elementos, a saber: 1) la suba de los gastos de defensa ligados a la política militarista de la administración Bush, 2) la baja espectacular de impuestos a los sectores de mayor poder adquisitivo de la sociedad, estimulando el consumo de los estratos más ricos, y 3) un nivel muy bajo de las tasas de interés, que permitió sostener el mercado interno y alentar sobre todo la inversión inmobiliaria.

Sin embargo, estas políticas, aunque permitieron mantener el dinamismo económico y mejorar el clima de los negocios capitalistas, han profundizado los desequilibrios de la economía mundial, en especial la de Estados Unidos, la economía más fuerte.

En primer lugar, la baja de impuestos llevó a generar un nuevo déficit estatal. En segundo lugar, el sostenimiento de la demanda de los consumidores llevó a un endeudamiento sin precedentes de los hogares norteamericanos y a reducir drásticamente la tasa de ahorro nacional. Por último, el déficit de la balanza comercial de Estados Unidos alcanzó a mediados de 2004

la cifra récord de US\$ 665.000 millones, es decir el 5,7% de su PBI. Nunca en la historia el mundo había financiado un déficit de esta magnitud, que implica que los Estados Unidos absorban más del 80% de los ahorros disponibles a nivel mundial. A su vez este déficit estaría señalando un deterioro estructural del aparato manufacturero norteamericano, un indicador sensible de su pérdida de competitividad en importantes áreas, que es uno de los signos más palpables de su declinación hegemónica.

Con un enorme costo interno, la economía norteamericana aún sigue actuando como consumidor en última instancia, atrayendo las exportaciones sobre todo de Asia, y en menor medida de Europa. Mientras tanto, los bancos centrales de los países asiáticos, acumulan millones de dólares en reservas, financiando de esta manera el déficit comercial de Estados Unidos con sus ahorros invertidos en bonos del tesoro norteamericano y otros activos financieros. Este proceso genera un círculo vicioso por el cual países exportadores a Estados Unidos subsidian las bajas tasas de interés que mantiene la Reserva Federal, estimulando el endeudamiento de los consumidores norteamericanos, para que sigan comprando los bienes importados de China o Japón.

En este contexto, aumenta la probabilidad de turbulencias financieras, ya que un giro drástico de la Reserva Federal a una política más restrictiva, o el sólo anuncio de que un banco central asiático decidiera pasar parte de sus reservas en dólares a euros, podría disparar pánico en los mercados. Una fuerte crisis financiera pondría en cuestionamiento el rol del dólar como moneda de reserva mundial. Esto muestra la relativa precariedad del crecimiento norteamericano y pone en cuestión la sustentabilidad a largo plazo de este funcionamiento desequilibrado de la economía mundial.

Las perspectivas a mediano plazo son por lo tanto de mayores tensiones económicas, en un momento en el que el empeoramiento de las relaciones políticas entre las grandes potencias ha puesto en cuestión la efectividad de las medidas de coordinación internacional, que fueron un componente importante para el restablecimiento de un equilibrio capitalista temporal luego de la crisis de los '70.

Teniendo en cuenta que el débil crecimiento de la demanda interna en Europa y Japón les impide actuar como motores alternativos a Estados Unidos, las perspectivas de la economía mundial pueden llegar a ser sombrías en caso de un fuerte ajuste de la economía norteamericana.

2. LA GUERRA DE IRAK, LA OFENSIVA NORTEAMERICANA Y LAS CRECIENTES TENSIONES IMPERIALISTAS

Los atentados a las Torres Gemelas y el Pentágono el 11 de septiembre de 2001, pusieron en evidencia la vulnerabilidad externa de Estados Unidos y aceleraron el curso agresivo en la política exterior del gobierno de Bush. La pérdida de consenso para ejercer su dominio sobre aliados y enemigos, obliga a Estados Unidos a recurrir a cuotas cada vez mayores de coerción, lo que se ve reflejado en su unilateralismo y en la tendencia creciente al militarismo en el terreno político internacional.

La estrategia norteamericana apunta a cambiar drásticamente las relaciones internacionales y las instituciones que habían sido la base del orden mundial de postguerra, de modo tal de generar las condiciones para reafirmar el dominio mundial de Estados Unidos en las próximas décadas.

Durante la primera presidencia de Bush esta estrategia se expresaba más en los términos de la “guerra contra el terrorismo” y el “ataque preventivo”, mientras que su segundo mandato adoptó un discurso centrado en la “extensión de la democracia y la libertad” en contra de los “tiranos”, dando lugar a una política que combina el guerrerismo y el uso del poderío militar con la reacción democrática como forma de imponer el “cambio de régimen”.

Las bases del unilateralismo norteamericano

El “unilateralismo” de los Estados Unidos tiene raíces económicas profundas. La así llamada “globalización”, que significó un salto en la penetración imperialista en la periferia a través de la desregulación de los mercados, las privatizaciones y la explotación de mano de obra barata, dio rienda suelta a las tendencias más depredadoras del capital norteamericano y conformó una base social que favorece la vuelta a las formas más bárbaras del imperialismo. El primer gobierno de Bush y su reelección son una expresión acabada de estos sectores. Esta política exterior agresiva, va acompañada en el plano interno por un retroceso brutal de importantes conquistas conseguidas por el proletariado y las masas norteamericanas en años de lucha.

Si durante la primera presidencia de Bush la patronal aprovechó la recesión y los atentados del 11-9 para despedir y avanzar en flexibilizar las condiciones de empleo, al punto que la recuperación económica no trajo aparejada una reducción significativa del desem-

pleo, la segunda presidencia anuncia un avance cualitativo en la privatización de los sistemas de seguridad social y salud, pretendiendo el estado ahorrar millones de dólares a costa de desfinanciar la asistencia social y profundizar el esquema privado de fondos de pensión y retiro.

La estrategia de la actual administración pretende legitimar, naturalizar y consolidar estos avances, profundizando y extendiendo el cambio no sólo en el terreno socioeconómico, sino incluso en el terreno político y cultural, extirpando de raíz todo trazo de igualitarismo y avanzando en el terreno del régimen en un recorte sin precedentes de las libertades democráticas, reforzando la autoridad del ejecutivo y el control de los tres poderes del estado por parte de los personeros más derechistas del establishment político. El nuevo discurso de Bush, además de sus fuertes tonalidades religiosas, apunta a constituir una sociedad de “propietarios”.

En síntesis, si el fordismo y/o americanismo y el wilsonismo fueron el programa del capitalismo norteamericano en ascenso con el cual estableció su hegemonía sobre el trabajo en lo interno y, luego de la segunda guerra mundial, le permitió consolidarse como potencia hegemónica, moldeando las instituciones del orden mundial a su imagen y semejanza, la ofensiva actual es más bien su contrario. Así, el debilitamiento del “multilateralismo” en la política exterior se acompaña por el intento de destruir y reemplazar los elementos de “persuasión” que permitieron la cooptación y sumisión de la clase obrera en las épocas de bonanza por una nueva combinación que implica un creciente autoritarismo y/o bonapartismo con un reforzamiento de los valores morales tradicionales. Un producto genuino de la crisis y declinación del capitalismo norteamericano.

Rivalidades interimperialistas

Esta política de Estados Unidos de perseguir su interés nacional de forma tan abierta, intentando sacar una ventaja estratégica para mantener su hegemonía mundial, es la fuente principal de tensiones que desde los preparativos de la guerra de Irak atraviesan el sistema internacional, dando lugar a una rivalidad sin precedentes en las últimas décadas entre las potencias imperialistas.

Desaparecida la “amenaza comunista” con la caída del Orden de Yalta, la primacía norteamericana dejó

de ser un requisito automático para el mantenimiento del *statu quo* mundial, dando lugar a un aumento en la competencia y en las diferencias políticas entre las potencias imperialistas. La “amenaza del terrorismo islámico” no es suficiente por sí misma para abroquelar al mundo occidental detrás de Estados Unidos, teniendo en cuenta que las potencias europeas tienen otros sistemas de alianzas, relaciones e intereses comerciales en Medio Oriente, que divergen de los de Estados Unidos.

La muestra más aguda de esto ha sido la creciente rivalidad entre Europa y Estados Unidos que se ha exacerbado en los últimos cuatro años y tuvo su pico en la oposición de Francia y Alemania, acompañados por Rusia, a la guerra de Irak.

El unilateralismo de Estados Unidos está en la base de este aumento de tensiones interimperialistas, ya que su decisión de imponer sus intereses cualquiera sean las circunstancias amenaza los intereses vitales de las otras potencias.

El proyecto de Unión Europea responde evidentemente a la necesidad de contrapesar el poderío estadounidense y de mejorar las perspectivas del capital europeo en el terreno internacional. Sin embargo, la política norteamericana en Irak provocó una importante división entre las potencias de la UE. Mientras que Francia y Alemania lideraron la oposición, manifestándose partidarias de un orden más multilateral regido por las instituciones como la ONU, Gran Bretaña mostró su opción estratégica de ser aliada de Estados Unidos, seguido por Italia y España y arrastrando a países importantes del este europeo como Polonia.

La lista de diferencias entre los Estados Unidos y Europa es larga y variada: la guerra de Irak y las actuales relaciones con el régimen iraquí; el tratamiento de los prisioneros en Guantánamo; la política a ser implementada en el conflicto palestino-israelí más allá del apoyo de ambos al gobierno de Abbas; cómo tratar el tema de la proliferación nuclear en Irán y en Corea del Norte; si mantener el embargo de armas sobre China; el embargo sobre Cuba; si la OTAN debería seguir siendo la estructura primaria para discutir las relaciones entre EE.UU. y Europa, opuesto a los Estados Unidos tratando con la Unión Europea; el sistema Galileo versus el sistema GPS como sistemas de navegación satelital; la urgencia del cambio climático y el Protocolo de Kyoto; el apoyo a la Corte Criminal Internacional; quejas mutuas (y amenazas de sanciones) con respecto a los subsidios industriales; las modificaciones genéticas de las semillas agrícolas; la rivalidad entre Boeing y Airbus; y por último pero no menos importante el crecimiento del euro como una

moneda de reserva mundial potencial.

¿Esto significa que la UE se ha convertido en un polo progresivo a los Estados Unidos, como sostienen sectores del movimiento antiglobal que propugnan la conformación de un frente anti-hegemónico entre los países de la periferia y la UE contra el unilateralismo norteamericano? Nada más alejado de la realidad. La UE y los EE.UU. comparten importantes intereses. Están de acuerdo en mantener la estabilidad del sistema capitalista mundial, están unidos contra las crecientes demandas de los países periféricos cuando se trata de negociaciones con potencias imperialistas en la Organización Mundial del Comercio. Este interés en impedir cualquier triunfo de los oprimidos contra el imperialismo, es lo que explica momentos de relativo acercamiento y cooperación como el apoyo a la “revolución naranja” en Ucrania o la presión conjunta ejercida contra Siria para que se retire del Líbano.

Sin embargo, las diferencias profundas que emergieron abiertamente con la guerra de Irak persisten porque no responden a elementos coyunturales, sino a una disputa estratégica basada en elementos económicos, sociales, políticos y militares. En este marco, el avance del proyecto de la UE ha sufrido un gran golpe después del rechazo de Francia y de otros países como Holanda a la Constitución Europea. El eje franco-alemán, motor de la construcción europea, ha entrado en una fase crítica: divididos ante la constitución y con sus líderes en caída libre electoral, tardarán tiempo en recomponer su “insustituible” alianza. El caos en que ha entrado la Unión Europea se manifiesta en la caída del euro, que refleja el nerviosismo de los mercados frente a la incertidumbre que se abre en la dirección política del viejo continente. Las futuras ampliaciones de la UE, como por ejemplo la incorporación de Turquía, quedan en el limbo, al tiempo que es probable que se endurezcan las condiciones para los países recientemente incorporados de la Europa Oriental como la República Checa o Polonia. En este escenario pueden aparecer nuevas brechas y choques entre los países europeos, que defenderán sus intereses más encarnizadamente, como frente a la futura discusión del presupuesto comunitario, aumentando la división. En otras palabras, la creciente división entre los Estados y sobre todo el rechazo categórico de la población al ataque que implica el avance de la UE, en lo inmediato le pone un límite al desarrollo de Europa como polo contrahegemónico.

La prueba de Irak

El unilateralismo norteamericano y el recurso al militarismo como forma de imponer el dominio están teniendo su primera prueba seria en la política hacia

Irak, cuyo desenlace todavía permanece abierto.

La guerra contra Irak tenía como objetivo transformar el país en una plataforma del poderío imperialista en Medio Oriente que permitiera rediseñar el mapa político de la región, fortaleciendo la posición de Estados Unidos y su aliado Israel, en detrimento de burguesías y regímenes semicoloniales de la región que presentan objeciones al alineamiento automático con Estados Unidos, como el régimen sirio.

Medio Oriente concentra las principales reservas de petróleo y constituye la principal fuente de provisión de crudo para la UE, que mantiene buenas relaciones con regímenes como el de Irán, al que Estados Unidos considera el “eje del mal”. Por lo tanto, el reposicionamiento norteamericano en la región constituye una amenaza directa a los intereses de potencias competidoras, esencialmente de Europa y Rusia.

Estados Unidos fue a la guerra prácticamente solo, desafiando a aliados históricos y haciendo caso omiso de un antinorteamericanismo sin precedentes que dio lugar a las movilizaciones de millones de personas contra la política norteamericana y el presidente Bush.

Aunque las tropas norteamericanas lograron una rápida victoria militar contra el régimen de Hussein, que se desintegró casi sin ofrecer resistencia, la ocupación de Irak demostró ser una empresa más complicada de lo que suponían los planificadores del Pentágono y los neoconservadores, ideólogos del “cambio de régimen”.

La ofensiva de Estados Unidos ha intensificado el profundo sentimiento antinorteamericano en la región. En Irak el intento de establecer un gobierno títere del imperialismo, dio lugar al surgimiento de una resistencia armada contra la ocupación, que tiene una amplia base social en el sector sunita de la población iraquí y se concentra geográficamente en el centro del país, principalmente en Bagdad y Falluja.

A pesar de tener el ejército más fuerte del mundo, Estados Unidos no ha podido aplastar esta resistencia, que sigue hostigando a sus tropas y aumentando el número de bajas. Pasado el momento más crítico para el imperialismo, cuando en abril de 2004 tuvo que hacer frente a dos levantamientos, el de la ciudad de Falluja y el de la ciudad de Najaf liderado por el clérigo chiíta Al Sadr, Estados Unidos empezó a implementar una complicada ingeniería política para establecer un gobierno local que todavía está en formación. Para llegar a esta situación y a las elecciones fue indispensable la colaboración de los líderes chiítas, principalmente del clérigo Ali Al Sistani.

Estados Unidos cuenta con el handicap de que hasta el momento la resistencia iraquí sigue confinada al sector sunita y no ha logrado generalizarse en un mo-

vimiento de liberación nacional de masas que exprese el rechazo a la ocupación militar y la lucha por la expulsión de las tropas extranjeras, y contra sus colaboradores locales.

Hasta el momento el resultado de la operación norteamericana en Irak es provisorio. Aunque Bush, con el impulso de haber ganado las elecciones presidenciales a pesar de la baja popularidad interna de la guerra de Irak, ha relanzado una ofensiva política en la región luego de la realización de las elecciones iraquíes el 30 de enero de 2005, tomando el discurso de la reacción democrática para avanzar en la resolución del conflicto palestino o para reforzar el aislamiento internacional de Siria, el Medio Oriente sigue siendo una zona de inestabilidad política en el marco de un antinorteamericanismo de masas.

La situación en el Líbano muestra la profunda polarización que genera la política norteamericana, que en general sigue las líneas de las divisiones religiosas y étnicas en la región y los bandos que se enfrentaron en los quince años de guerra civil. El país está literalmente dividido al medio entre un sector dirigido por una oposición proimperialista y condescendiente con Israel, mayoritariamente cristiana maronita, sunita y drusa, y otra mitad, mayoritariamente chiíta, dirigida por Hezbollah, que intenta resistir la ofensiva imperialista y que puede alentar a la acción a otras fuerzas antinorteamericanas en los territorios palestinos, Irán, y el propio Irak.

Estratégicamente, el hecho de que Estados Unidos todavía tenga que lidiar militarmente con una guerrilla, muy inferior desde el punto de vista del armamento, pero que cuenta con base social y que por lo tanto exige la colaboración local –militar y de inteligencia– para una campaña de contrainsurgencia, alienta el surgimiento de otras fuerzas de este tipo en la región o en otras partes del mundo, que sobre el modelo de una resistencia irregular enfrenten el poderío militar norteamericano.

La ocupación de Irak reveló también los límites militares de la principal potencia del mundo. La permanencia de alrededor de 150.000 soldados en Irak, junto a la continuación de misiones y bases militares en amplias zonas del mundo –desde Europa Occidental y Japón hasta Afganistán– está llegando al tope de las capacidades de tropas disponibles, dado que tras la derrota de Vietnam el ejército norteamericano eliminó la conscripción obligatoria y está compuesto por soldados profesionales y reservistas.

Si bien es cierto que la ofensiva norteamericana no podía sostenerse por medio de la intervención militar exclusivamente, dando lugar a una suerte de “guerra permanente” de operaciones policiales en cualquier

parte del mundo, la política de reacción democrática expresada en la retórica de “cambio de régimen” y de “reformas democráticas” no podría ser efectiva sin el poderío militar norteamericano.

La débil coalición que acompañó a Estados Unidos a la guerra sufrió duros golpes. La alianza con Bush le costó al primer ministro británico Tony Blair la crisis más importante de su gobierno. España abandonó la coalición tras los atentados de Madrid del 11 de marzo de 2004, que provocaron la derrota del gobierno de Aznar y la asunción del gobierno del PSOE. El gobierno de Berlusconi, otro aliado de Bush, ha encontrado serias dificultades para sostener su apoyo a la guerra luego de que soldados norteamericanos dispararan contra el vehículo que transportaba a la periodista Sgrena, tomada como rehén y liberada, hiriéndola gravemente y matando al oficial del servicio secreto italiano que había logrado su liberación.

Está lejos de haberse recompuesto el rompecabezas

de Medio Oriente. La intervención norteamericana busca acelerar los ritmos de cambios profundos en la región que apunten a fortalecer la posición de Estados Unidos e Israel, realineando a países que históricamente tienen lazos con Europa, consiguiendo nuevos agentes locales que tomen la tarea de liquidar la resistencia de las masas y desarmar sus organizaciones más radicales. En ese sentido van los acuerdos entre la renovada dirección palestina de Mahmoud Abbas y Sharon para liquidar la lucha nacional palestina, el intento en Irak de formar un gobierno local que tenga la capacidad de reconstruir un aparato represivo capaz de lidiar con la resistencia, o el apoyo a movilizaciones motorizadas por el ala proimperialista de las elites locales como forma de impulsar con agentes internos el “cambio de régimen”. Las crecientes turbulencias que atraviesan la región indican que Medio Oriente será una de las zonas conflictivas donde seguirá a prueba la capacidad de dominio de Estados Unidos.

PARTE II

CLAVES PROGRAMÁTICAS

I. EL MOVIMIENTO ANTIGUERRA Y LA GUERRA/OCUPACION DE IRAK

La emergencia del movimiento antiguerra fue un hecho enormemente progresivo. En el medio de los aprestos a la invasión militar a Irak, la movilización de millones de personas en los cinco continentes fue la oposición más grande que se levantó contra el intento de Bush de rediseñar el mundo y el Medio Oriente a su favor. Desde entonces, aunque con enormes altibajos, sigue siendo un factor presente de la realidad mundial, como demostró su acción después de los atentados del 11/3 en España, que obligaron al retiro de las tropas de este país de la coalición pronorteamericana, o en la importante pérdida de votos de Blair en las recientes elecciones en Gran Bretaña a pesar de su victoria electoral.

Sin embargo, en Europa, donde este movimiento fue más fuerte, tanto las direcciones sindicales, incluidos los sindicatos “alternativos” y “combativos” como el IGM, el SUD, y los COBAS como los principales referentes del movimiento antiglobal como ATTAC, incluidos los autonomistas, le impidieron ser una herramienta eficaz para parar la maquinaria militar norteamericana. Antes del inicio de la guerra estas direcciones le imprimieron un carácter esencialmente pacifista que sembraba ilusiones en las potencias europeas

que se oponían a la guerra y en las Naciones Unidas.

Las únicas posibilidades de detener la guerra desde fuera del teatro del conflicto, era parando la maquinaria militar que la hacía posible. La “maquinaria de guerra” se compone principalmente por los estados y gobiernos que la llevan adelante, más las burguesías imperialistas que la financian y esperan obtener beneficios de ella. Sólo con una gran lucha contra los gobiernos de los países agresores se podía parar la agresión imperialista, o aún darla vuelta y transformarla en una lucha social contra los gobiernos imperialistas. Pero salvo acciones aisladas, las direcciones del movimiento antiguerra impidieron que la clase obrera con sus métodos y programas fuera el centro de gravedad de la lucha contra la guerra mediante la huelga general, el boicot y el sabotaje a la industria y al transporte de pertrechos de guerra. Es por eso que la política de los marxistas revolucionarios contra la guerra es la combinación del derrotismo revolucionario en los países agresores, para lo cual es una base de apoyo el movimiento antiguerra pero que debe avanzar del actual pacifismo (objetivamente progresivo en los países imperialistas agresores) a la lucha abierta contra los gobiernos impe-

rialistas como los de Bush, Blair y Berlusconi. La experiencia de la lucha de Argelia contra el imperio francés o del heroico pueblo vietnamita contra el ejército norteamericano, demostró que la combinación de la resistencia de los pueblos oprimidos y la movilización en las potencias imperialistas agresoras, ha permitido la derrota de los más poderosos ejércitos del mundo, aunque por el rol de sus direcciones esto se lograra a un alto costo que no economizó pérdidas en vidas y años de guerra.

Una política revolucionaria de este tipo sólo podía surgir del combate abierto contra las direcciones y la ideología pacifista que éstas propugnaban, que condena por principio toda guerra por “inmoral”, llevando a igualar la violencia contrarrevolucionaria de los opresores con la legítima lucha de los oprimidos. Por eso el punto de partida del programa revolucionario es definir que la guerra de Irak es una clara guerra de agresión imperialista contra una nación oprimida. Bajo la máscara de la “democracia”, el gobierno de Bush busca liquidar toda soberanía nacional para sojuzgar a su pueblo y expropiar sus riquezas. Toda guerra de defensa y liberación nacional de una nación oprimida, es para los revolucionarios una guerra justa y legítima, como lo fueron -por ejemplo- la lucha por la liberación nacional de Argelia contra los colonialistas franceses o la guerra de Vietnam. En este tipo de guerras, los revolucionarios nos ubicamos en el campo militar de los países semicoloniales, independientemente del carácter del régimen que los gobiernen porque el triunfo del país imperialista significará dobles cadenas para el pueblo de la nación semicolonial, y padecimientos peores aún que con su dictadura doméstica. En el caso de Irak nos ubicábamos por la derrota militar del imperialismo norteamericano y su coalición, a pesar del carácter reaccionario y dictatorial de Saddam Hussein. Seguimos en esto las enseñanzas del marxismo revolucionario, cuyos fundamentos planteara con total claridad Trotsky frente a una eventual guerra entre el régimen semifascista de Brasil dirigido por Vargas en los '30 y la imperialista Inglaterra. En este marco decía *“en este caso, yo personalmente estaría junto al Brasil ‘fascista’ contra la ‘democrática’ Gran Bretaña. ¿Por qué? Porque no se trataría de un conflicto entre la democracia y el fascismo. Si Inglaterra ganara, pondría a otro fascista en Río de Janeiro y ataría al Brasil con dobles cadenas. Si por el contrario saliera triunfante Brasil, la conciencia nacional y democrática de este país cobraría un poderoso impulso que llevaría al derrocamiento de la dictadura de Vargas. Al mismo tiempo, la derrota de Inglaterra daría un impulso al movimiento revolucionario del proletariado inglés”*. Por eso el primer punto de nuestro programa revolucionario frente a la guerra

de Irak fue el de la derrota de las tropas imperialistas. Pero esta ubicación en el campo de la nación oprimida no significa como hacen las corrientes populistas, confundir la justa defensa de la nación oprimida con su dirección eventual. Como demostró toda la historia del siglo XX y más recientemente la dictadura militar argentina en la guerra de Malvinas contra el imperialismo británico o Saddam Hussein en las dos guerras del Golfo, la burguesía de la nación oprimida, es incapaz de tomar las medidas militares y políticas que llevarían a derrotar al imperialismo. Su temor a la lucha de clases y a impulsar el armamento generalizado de la población para defenderse demuestran que, aún siendo agredidas por el imperialismo, prefieren la derrota nacional a desatar fuerzas sociales que cuestionen su dominio de clase. Por eso los revolucionarios nos ubicamos en el campo militar de la nación oprimida y desde esa trinchera planteamos un programa que combine las tareas de la liberación nacional con el método y los objetivos de la revolución proletaria como forma de disputar la dirección de la guerra a la burguesía nacional, que más pronto que tarde terminará capitulando y permitiendo las más desmoralizantes derrotas nacionales. Es que el proletariado es la única clase que puede unificar y dirigir al conjunto de las capas explotadas en una lucha hasta el final contra el imperialismo, como parte de una estrategia revolucionaria e internacionalista.

En el caso de Irak, sólo una acción independiente de la clase obrera y las masas iraquíes podría haber derrotado al invasor, dejando al pueblo iraquí en mejores condiciones para liberarse del régimen de Hussein, a la vez que su triunfo nacional hubiera constituido un extraordinario acicate para la lucha contra la explotación y por la libertad de todos los pueblos oprimidos de la región y el mundo.

Esta misma lógica hoy se continúa bajo la ocupación militar y frente al desarrollo de la resistencia. Muchos sectores que ayer se opusieron a la guerra porque la consideraban una acción injustificada del gobierno de Bush, hoy por el carácter islámico de la resistencia iraquí se niegan a pelear por el triunfo de las masas del país ocupado. Esto es un razonamiento equivocado que no plantea como principal cuestión la derrota del imperialismo. Un triunfo de las masas iraquíes daría un impulso a las masas de todo Medio Oriente que pondría en cuestión la dominación imperialista en esta estratégica zona del planeta que concentra las principales fuentes de petróleo, amenazando al mismo tiempo el poder de las burguesías de la región. A su vez la derrota de los imperialistas en Irak potenciaría la lucha del proletariado y de las masas de los países centrales al debilitar a los gobiernos guerreristas, como en el pasado fue el caso de la derrota de

Vietnam para los EUA. Sólo desde esta ubicación es posible luchar por una dirección y un programa claramente antiimperialista que lleve al triunfo de la nación oprimida. Esto pasa en primer lugar por denunciar, a pesar de sus distintos intereses, el carácter colaboracionista del clero chiíta fundamentalmente su máxima figura Al Sistani, con las tropas norteamericanas. En segundo lugar, cuestionar la forma en que conducen la resistencia los sectores sunitas, que le imprimen a esta lucha un carácter tribal y sobre todo, el ala minoritaria fundamentalista islámica que utiliza métodos brutales como atentados contra la población chiíta que sólo fortalecen la ocupación imperialista. Sólo una dirección que busque transformar a la clase trabajadora, la única que puede llevar la lucha contra el imperialismo y todos sus agentes hasta el final, en clase dirigente de la nación oprimida, podrá lograr una unidad efectiva contra el invasor imperialista y convertirse en una fuente de inspiración para los pueblos oprimidos de la región y de todo el mundo.

Un nuevo auge del fenómeno religioso

Históricamente las clases dominantes utilizaron la religión para reforzar el sometimiento de las clases explotadas, predicando entre las masas desposeídas la paciencia y la sumisión frente a la miseria y la opresión, justificando el sufrimiento con la ilusión de una vida en el más allá, mientras que en la tierra, instituciones como la Iglesia Católica o las iglesias protestantes, acumulan riquezas materiales y poder político. Esta doble moral clerical se manifiesta en todos los terrenos. Lo hemos visto por ejemplo, en el caso de Argentina, en la complicidad de la Iglesia con el terrorismo de estado. Es particularmente obscena en cuanto a la prédica represiva a favor de la castidad y de la discriminación, mientras que obispos y sacerdotes integran redes de abuso de menores.

Por eso Marx definía a la religión como “el opio de los pueblos”.

Los marxistas revolucionarios somos ateos irconciliables y luchamos contra la injerencia de la religión en la vida pública, defendiendo y peleando por conquistar derechos democráticos básicos como el derecho al aborto y a la libre elección de la sexualidad. Sin embargo, sabemos diferenciar nuestra actitud de denuncia y combate contra las instituciones y las jerarquías religiosas que juegan un rol reaccionario en mantener el *statu quo*, de la tarea paciente de persuasión hacia las masas obreras y populares de nuestra visión materialista del mundo y de las relaciones sociales que caracterizan una época histórica dada. Esto tiene consecuencias programáticas, como

por ejemplo la política de los bolcheviques hacia los pueblos de oriente del ex imperio zarista, a los que la Unión Soviética les garantizaba sus plenos derechos de autodeterminación nacional, respetando sus tradiciones culturales.

Aunque en el “mundo occidental” las iglesias y las jerarquías religiosas no gobiernan directamente en ningún país, en los últimos años estamos asistiendo a un aumento considerable del poder eclesiástico y de su influencia en la vida política. Los ejemplos abundan.

En Estados Unidos, la derecha cristiana tiene un gran peso en el gobierno de George Bush, sumándose al clima reaccionario y a los ataques a las libertades democráticas, con campañas contra el derecho al aborto, contra el carácter laico de la educación y contra la libertad sexual –como por ejemplo contra el matrimonio entre personas del mismo sexo. Esta ofensiva se repite por ejemplo en la política de la Iglesia Católica en el Estado Español, que se veía favorecida por el anterior gobierno de Aznar.

El propio Bush se siente “inspirado por Dios” y justifica sus políticas imperialistas con términos como “cruzada” y “eje del mal”, que recuerdan las guerras religiosas. Incluso ideólogos norteamericanos hablan de una “guerra de civilizaciones” y ubican a los pueblos musulmanes como la “amenaza” a la “democracia occidental”.

La Iglesia Católica sigue siendo un importante factor de poder a favor de sostener el orden capitalista, como lo demostró claramente el extinto papa Juan Pablo II con su rol en el proceso de restauración del capitalismo en Polonia y los estados de Europa del Este.

El sionismo, aunque se define más por su carácter colonial y proimperialista que por ser un movimiento teocrático, surgió con el objetivo de fundar un estado exclusivamente judío, y en 1948 su empresa culminó en la fundación del Estado de Israel sobre la base de la limpieza étnica de la población palestina, dando lugar a un enclave racista que justifica sus políticas expansivas y la opresión contra el pueblo palestino con el “reclamo bíblico” sobre el conjunto del territorio palestino. Los partidos religiosos tienen un peso importante y sus simpatizantes son mayoritariamente colonos que viven en los asentamientos en los territorios ocupados, verdaderos grupos de choque contra la población palestina.

Pero la religión también ha sido tomada como bandera por movimientos que de una forma distorsionada expresan la bronca de los oprimidos, tal es el caso de las direcciones islámicas que hoy vemos actuar, por ejemplo, en la lucha palestina o en la resistencia iraquí contra la ocupación norteamericana.

El carácter reaccionario de las direcciones confesionales

El fracaso histórico del nacionalismo burgués árabe dio lugar al auge del fenómeno conocido como “Islam político”, que tomando un discurso antinorteamericano y antisionista está logrando audiencias importantes en los sectores más radicalizados de las masas árabes y musulmanas, como lo expresa por ejemplo la organización palestina Hamas o el partido libanés Hezbollah.

La instrumentación activa de la religión para objetivos políticos se acentuó a partir de la década del '60 para enfrentar las tendencias nacionalistas y seculares. Esta politización de la religión dio un salto con el triunfo de la revolución iraní en 1979 que culminó con el establecimiento, luego de liquidar a su ala izquierda, de un reaccionario régimen teocrático, encabezado por el ayatola Khomeini.

Pero mientras que el chiísmo radical surgido de la revolución iraní atraía la simpatía de la juventud plebeya y marginada que intentaba convertir al islamismo en un movimiento antiimperialista, Arabia Saudita, el otro gran polo de irradiación religiosa, aliado incondicional de Estados Unidos, propiciaba la difusión en los países musulmanes de una variante islámica conservadora —el wahabismo— financiando la construcción de mezquitas y madrasas (escuelas religiosas para la educación de niños de sectores populares), para contrarrestar la onda expansiva de la revolución iraní. En la década de 1980, este “petro-islam” financió a la “jihad afgana” que tenía como causa la lucha contra la Unión Soviética, que sostenía con las tropas del Ejército Rojo a un régimen prosoviético pero antipopular en Afganistán. Estados Unidos apoyaba y también financiaba a los militantes de la “jihad” a los que llamaba los “combatientes de la libertad”, aprovechando el profundo anticomunismo y el carácter reaccionario de este movimiento, que después de una década de combates obligó a retirarse al Ejército Rojo, lo que aceleró la caída de la propia Unión Soviética.

Pero los grupos armados islámicos que actuaban en Afganistán bajo la dirección de Osama bin Laden, desarrollaron su propia dinámica y posteriormente dieron lugar al surgimiento del reaccionario gobierno talibán y a la red Al Qaeda. Esta organización se transformó en el peor enemigo de la monarquía saudita y de Estados Unidos, que una vez desaparecida la Unión Soviética y liquidado el nacionalismo, no necesitaba más de los servicios de estos grupos islamistas.

Mientras que organizaciones como Al Qaeda, el talibán o el GIA argelino tienen un carácter completamente reaccionario, lo que se ve en la opresión insostenible hacia las mujeres, en los castigos ejemplares

contra los que no obedezcan completamente las prescripciones religiosas, y también en sus métodos terroristas que no diferencian en sus blancos a los trabajadores y a los civiles, que en general terminan siendo las víctimas de sus atentados, como se vio por ejemplo en el atentado a la estación de Atocha en Madrid, hay otras organizaciones como Hezbollah en el Líbano, el Movimiento de Resistencia Islámico (Hamas) y Jihad Islámica palestinas, o sectores de la resistencia iraquí, que son parte de movimientos más amplios de liberación nacional, de donde surge su legitimidad, incluso para acciones militares terroristas, como forma de enfrentar a potencias muy superiores desde el punto de vista militar.

Los revolucionarios defendemos a los militantes de estas organizaciones islamistas radicales contra el ataque de las fuerzas reaccionarias, sean imperialistas o del Estado de Israel. Defendemos el derecho de Irán, como país semicolonial, a resistir las presiones del imperialismo norteamericano y europeo. Defendemos los derechos democráticos de las comunidades musulmanas en occidente que sufren el ataque de los gobiernos imperialistas, como en Estados Unidos donde los árabes son considerados sospechosos y pueden ser detenidos en cárceles clandestinas y torturados. También defendemos sus derechos culturales en países imperialistas que posan de “democráticos” como Francia, que prohíbe en las escuelas el uso del velo a las jóvenes musulmanas.

Como planteamos más arriba, nos pronunciamos categóricamente por la derrota de Estados Unidos y el triunfo de la resistencia iraquí, porque consideramos que una derrota del imperialismo fortalece la lucha de las masas oprimidas.

Desde esta posición antiimperialista, combatimos a las direcciones islámicas que persiguen una estrategia reaccionaria de establecer un estado teocrático que liquida libertades democráticas básicas y que por lo tanto las transforma en enemigas de la liberación de los trabajadores, los explotados y los oprimidos. La ilusión que alimentan de una “comunidad de los creyentes” pretende ocultar las obscenas divisiones de clases de las sociedades islámicas, y es enemiga de que la clase obrera a la cabeza de las masas oprimidas de la región enfrente al imperialismo y sus gobiernos locales sirvientes con una política independiente. Toda vez que han accedido al gobierno, mostraron su carácter de agentes de las clases capitalistas locales y mantuvieron el sometimiento de la gran mayoría del pueblo con regímenes represivos. Por lo tanto, más allá de su demagogia social o de las contradicciones que puedan tener con Estados Unidos, constituyen en los países musulmanes, los principales obstáculos para la revolución obrera y socialista.

La UE es un proyecto de acuerdo interestatal dirigido por las burguesías imperialistas de los países más fuertes de Europa occidental para competir por el dominio del mundo y sus mercados, especialmente contra el imperialismo estadounidense en su fase de declive hegemónico. A diferencia de la vieja CEE, este acuerdo interestatal está compuesto por países imperialistas y países en proceso de semicolonización en distintos grados de Europa del Este.

En esta primera fase de guerra económica, el objetivo de la UE es triple. Constituir un bloque arancelario y aduanero medianamente compacto frente a la competencia exterior y favorecer la concentración capitalista a nivel regional. Aumentar la productividad relativa del trabajo y bajar los costos de trabajo a nivel europeo. Profundizar la penetración imperialista en su patio trasero semicolonial externo tanto en África, Asia o América Latina e institucionalizar su dominio en su patio trasero semicolonial interno con los países recientemente incorporados, presionando a su vez a las repúblicas de la ex URSS y a la misma Rusia.

El carácter de este proyecto es enteramente reaccionario y antiobrero, buscando utilizar a la mano de obra barata y calificada de los trabajadores del Este para atacar las conquistas que aún quedan de los trabajadores de los países imperialistas europeos, como se viene viendo en los distintos planes de la burguesía del continente, como la agenda 2010 de Schroeder o el plan de liquidar las 35 horas del gobierno de Chirac en Francia. Estas políticas neoliberales e imperialistas de los estados miembros se corresponden con las "directivas" y leyes que se acuerdan en la Comisión y en el Parlamento Europeo, de ahí la hostilidad de los trabajadores y la indiferencia de muchos de ellos frente al actual proceso de construcción de la UE. Esto derivó en el triunfo del voto NO en el plebiscito en Francia en mayo de 2005, que fue visto por la juventud y los trabajadores como una herramienta para rechazar en bloque este proyecto constitucional antiobrero y antipopular tanto como para sancionar al odiado gobierno Raffarin, a Chirac y a la Europa del capital con su constitución abiertamente neoliberal. Aunque haya sido un "NO" heterogéneo tanto desde un punto de vista social como político - dado que llamaban a rechazar la "constitución" desde la extrema derecha de Le Pen hasta la izquierda política y sindical, incluyendo a los trotskistas de LO, la LCR y el PT, o ex-ministros socialdemócratas- el voto negativo tiene esencialmente características obreras y populares, a diferencia del NO holandés donde el tono socialcho-

vinista fue predominante. Esta derrota para el presidente Chirac y la clase política francesa abrió una importante crisis no sólo en el gobierno sino también en el Partido Socialista, que llamó oficialmente a respaldar el SI en el plebiscito, cuando la mayoría de su base electoral votó por el NO, dejando expuestas sus divisiones internas y su falta de liderazgo político.

Esta crisis política en Francia, uno de los ejes de la construcción europea, se da en un marco de un estancamiento económico en los países más fuertes de la UE, de una crisis social -que se expresa en el aumento del desempleo que ya llega a más de un 10%-, y una crisis cultural y de identidad frente a los cambios que han ocurrido en Europa en los últimos años, como la incorporación de los países de Europa del Este. La crisis de los de arriba puede ser utilizada por el movimiento de masas para pasar a la ofensiva.

La otra cara del ataque a las conquistas de los trabajadores de los países centrales, es la incorporación de los países de Europa del Este, donde queda expuesto su contenido profundamente imperialista. A diferencia de la adhesión de Grecia, España y Portugal en la década del '80, que debieron reestructurar sus economías pero fueron compensadas por una importante asignación de fondos presupuestarios cercanos a un plan Marshall, ningún país de Europa del Este gozará de un tratamiento similar. Por el contrario, lo que se prevé es que los montos netos asignados al conjunto de los nuevos miembros serán muy inferiores a los 100 mil millones de dólares por año que Alemania, para atenuar los conflictos sociales de su unificación, entregó a los nuevos landers desde la desaparición de la ex República Democrática Alemana en 1989. No sorprende que con esta política, a pesar de la recuperación de los últimos años, muchos países permanezcan por debajo de su nivel de producción de 1989. Peor aún ha sido la carga que ha debido soportar la población producto de la restauración capitalista y que ha redundado en la elevación de las tarifas de la electricidad, los alquileres, el transporte, la privatización de los servicios públicos (que en el pasado eran gratuitos y ampliamente asociados al empleo en las grandes empresas) y el aumento de los precios agrícolas, todo lo cual ha significado una importante regresión social. Por su parte, mientras el crecimiento proviene del desarrollo de pequeñas empresas privadas, muchas veces precarias, y de las inversiones extranjeras directas, desde el punto de vista de la creación de empleos, todo esto no compensa el desmantelamiento de las grandes empresas. Hay pues un aumento del des-

empleo (actualmente del 20% en Polonia), de la precariedad y de las desigualdades regionales y sociales, que afectan especialmente a las mujeres. De ahí la prostitución, el trabajo en negro y el repliegue en pequeñas parcelas de tierra, a modo de “seguridad social”.

De esta estructura diferenciada de países, surgen dos dinámicas revolucionarias, una más parecida a la de los países semicoloniales donde las consignas democráticas y agrarias son esenciales, y otra donde la revolución proletaria enfrenta al capitalismo más avanzado. Olvidar este carácter del programa y tomar a toda la UE como una entidad homogénea, como hacen los altermundistas, puede llevarnos a una serie de demandas que no sirvan para desatar la movilización revolucionaria de las masas y en el peor de los casos a no luchar contra el propio imperialismo, cediendo a las presiones socialchovinistas de la burocracia sindical y la aristocracia obrera.

A pesar de sus avances la UE no es un estado, ni está en proceso de serlo; es una alianza hoy en día

defensiva, en pos de transformarse en ofensiva en relación a los EEUU y otros competidores imperialistas. Por el momento las contradicciones nacionales entre los distintos países miembros han pasado a un segundo plano para posicionarse mejor entre el imperialismo estadounidense y de otras regiones, pero esto no significa que los países imperialistas de Europa occidental no tengan fundamentalmente intereses contrapuestos, lo que convierte en utópica la unidad de Europa en manos de la burguesía. Esto no significa apoyar los proyectos burgueses alternativos a la UE, ‘nacionales’ o ‘autárquicos’ que sólo llevan a embellecer a los viejos estados imperialistas. Nuestro objetivo es ¡ni la Europa del Capital ni los viejos Estados nacionales! Por gobiernos obreros revolucionarios. Por una Europa Unida Obrera y Socialista. La única clase capaz de unir genuinamente al continente es la clase obrera acaudillando a sus aliados de clase; lo que implicará la transformación revolucionaria socialista del continente.

3. SUDAMERICA: LA REGION MAS AVANZADA DE LA LUCHA DE CLASES INTERNACIONAL

A pesar de los recambios gubernamentales “progresistas” en varios países con los que la burguesía ha logrado contener las tendencias a la emergencia abierta del movimiento de masas, Sudamérica sigue siendo la región más avanzada desde el punto de vista de la lucha de clases a nivel internacional, con epicentro en Bolivia, donde sigue abierto un proceso revolucionario que ya ha derribado dos gobiernos, el de Sánchez de Lozada en 2003 y el de Mesa en junio de 2005.

Aunque más retrasada, la creciente actividad de masas y crisis políticas en Centroamérica –movilizaciones antigubernamentales en Nicaragua y Panamá, por un lado, y la intervención imperialista en Haití, por otro–, muestran que la inestabilidad estructural se extiende a prácticamente toda América Latina.

La situación es desigual en América del Sur. En los países del Mercosur, en el marco de una importante recuperación económica y del efecto político de los recambios gubernamentales, se mantiene una mayor “contención” del proceso de lucha de clases, aunque ha aumentado considerablemente la lucha reivindicativa de sectores importantes de la clase obrera. Esto no significa estabilización a largo plazo, ni la resolución de las crisis orgánicas de la dominación burguesa (cuyos mecanismos e instituciones están desgastados tras décadas de aplicación de planes “neoliberales” en el marco de democracias burguesas semicoloniales), ni la interrupción de procesos de recomposición del

movimiento obrero y de masas con expresión en los realineamientos de franjas de vanguardia como es el caso de estos dos países.

En los países andinos siguen primando la desestabilización y una tendencia mayor a la acción directa y a la intervención del movimiento de masas, como muestran claramente los procesos de Bolivia y Ecuador.

Desde el punto de vista económico, tras varios años de recesión y colapsos como el de la “convertibilidad” en Argentina, la recuperación económica (que promedia un 5% para el conjunto de la región) mejora los negocios para el conjunto de la burguesía y alivia coyunturalmente la desocupación, pero no significa una “redistribución” del ingreso, como prometían los progresistas, ni un aflojamiento de la opresión imperialista y mucho menos la disminución de la enorme polarización social y el brutal grado de explotación obrera.

A su vez, subsisten fricciones frente a la presión del imperialismo sobre la región que históricamente considera como su “patio trasero”. EE.UU. está embarcado en una ofensiva para recomponer su hegemonía a nivel mundial, con rasgos cada vez más saqueadores, intervencionistas y belicistas, como muestra Irak, que incluye como uno de sus puntos de apoyo importantes disciplinar y avanzar en la recolonización de América Latina. Sin embargo, no está logrando re-

vertir un cuadro de erosión de su hegemonía política y económica en América del Sur. EE.UU. ha debido renunciar de hecho a su proyecto original de ALCA y a algunos de sus planteos más ambiciosos, como el estatus de “inmunidad” para sus tropas (salvo en Paraguay), no logra aislar a Venezuela y perdió a agentes incondicionales con la caída de gobiernos en Bolivia o Ecuador.

Esto, pese a que la competencia interimperialista sobre suelo latinoamericano se ha amortiguado relativamente, por la reconcentración de los esfuerzos de Europa en construir la UE y expandirse hacia Europa Oriental, mientras que en Latinoamérica acuerdan con los yanquis en la defensa de las transnacionales, lo que disminuye su espacio de juego como “alternativa amistosa” frente a Washington (sin despreciar las oportunidades, como muestran el acuerdo de Zapatero con Chávez y otros gestos) y con ello, acota en la coyuntura los márgenes de maniobra de las burguesías nativas para jugar con las contradicciones interimperialistas.

El disciplinamiento automático con los planes yanquis que primó en los '90 bajo el “Consenso de Washington” es cosa del pasado. Mientras el dominio yanqui se siente más pesadamente sobre México y Centroamérica, sus posiciones al sur del Canal de Panamá se debilitaron. Estos realineamientos polarizan el orden regional de Estados entre un ala más proyanqui, integrada por Chile, Colombia y algunos otros países, y un ala con un discurso demagógicamente “sudamericano” en torno a Brasil, que se posiciona, cierto que muy tímidamente, para regatear mejores condiciones en su subordinación al imperialismo, aunque sin formar siquiera un bloque unido y con diferentes políticas nacionales (de hecho se dan constantes roces entre diversos Estados de la región).

En diversos países y aunque con distinto ritmo e intensidad, maduran “crisis nacionales generales” en las que se combinan la debilidad estructural de los capitalismos semicoloniales, las crisis político-estatales (expresión de las crisis orgánicas de la dominación burguesa) y altos niveles de lucha de clases que han volcado contra la clase dominante las relaciones de fuerzas más generales. Esto es particularmente notable en la subregión andina, que sigue siendo en la presente coyuntura el área de mayor inestabilidad política y extrema tensión de todos los antagonismos sociales.

En Bolivia, que combina de manera explosiva el carácter de rapiña de la explotación imperialista, la profundidad de la “crisis nacional general” del capitalismo más débil y paupérrimo de Sudamérica, la descomposición político-estatal burguesa y el auge de un movimiento de masas con gran tradición combativa y

radicalidad en los métodos y demandas, se han vivido nuevas jornadas de movilización de masas que pusieron fin al gobierno de Mesa y frenaron el intento más abierto de la oligarquía cruceña de hacerse con el poder, tendiendo a reabrir el camino del levantamiento de Octubre.

A fines de abril en Ecuador cayó bajo el embate de un nuevo levantamiento el gobierno de Gutiérrez, el ex líder del levantamiento del 21 de enero del 2000, que subió al gobierno como el que “acabaría con la corrupción y recuperaría la soberanía nacional”, para alinearse con el imperialismo y la reacción interna. Gutiérrez, incapaz de imponer el giro bonapartista con que trata de saltar por sobre la madeja de contradicciones en que terminó inmerso, sin poder calmar a la derecha empresarial y habiendo perdido el apoyo de la izquierda y el indigenismo con que había llegado al poder. Su caída ilustra los límites del “progresismo” latinoamericano, allí donde la debilidad del capitalismo local y la extrema crisis política y social acota más los márgenes de maniobra de este tipo de gobiernos de contención.

En Perú, un agonizante Toledo (que subió tras la caída de Fujimori como el “gobierno de todas las sangres”, garante de la “transición a la democracia”) sobrevive en medio de un enorme descrédito, cotidianos escándalos de corrupción, la descomposición de su propio partido y una inagotable efervescencia de masas, apostando a llegar a las elecciones gracias al rol de contención y desvío electoral que juegan el APRA y otras fuerzas del régimen, y sobre todo al freno impuesto por la CGTP y las distintas variantes burocráticas, apristas, stalinistas y maoístas.

Es que continúa el ciclo ascendente de la lucha de clases a nivel regional. La emergencia de un nuevo movimiento de masas con tendencias a la acción directa, a la lucha en las calles, a los piquetes, a los bloqueos, las huelgas, los continuos levantamientos de los explotados que han tirado gobiernos elegidos por el sufragio universal, se han transformado en una constante desde los inicios del siglo XXI. Los puntos más álgidos de estos procesos los han constituido las acciones independientes del movimiento de masas en países como Argentina, que en el 2001 terminó con el gobierno de De la Rúa, la derrota de la asonada golpista y del boicot petrolero contra el gobierno de Chávez en Venezuela, y sobre todo el ensayo revolucionario de octubre del 2003 en Bolivia que volteó al gobierno de Sánchez de Lozada, que planteó las tendencias a la insurrección y la toma del poder por parte de los explotados aunque éstos no lo pudieron resolver por problemas de dirección. La profundidad de la crisis boliviana ha llevado a un nuevo acto de este pro-

ceso revolucionario en junio de 2005, cuando tras dos semanas de intensa actividad del movimiento de masas, cayó el gobierno de Mesa.

La inestabilidad política y el “clima de revuelta” que recorren el continente, con explosiones de masas como las señaladas e innumerables luchas obreras, campesinas y populares, son alimentadas por las reiteradas debacles económicas como consecuencia de dos décadas de aplicación de programas “neoliberales” de penetración del capital extranjero y agravamiento del dominio imperialista que han exacerbado al extremo las contradicciones del capitalismo semi-colonial latinoamericano, los antagonismos sociales y las crisis políticas que corroen en diverso grado a los regímenes y gobiernos burgueses. Aunque en los dos últimos años, la región experimentó una importante recuperación económica impulsada por las materias primas al calor de la recuperación de la economía mundial, las tendencias a la inestabilidad se siguen manifestando, como muestra el nuevo embate de las masas bolivianas que derribó al gobierno de Mesa.

Este nuevo ciclo de la lucha de clases en América del Sur tiene una característica más urbana, con protagonismo destacado de los pobres urbanos y de incipiente entrada del proletariado, como mostraron los mineros de Huanuni en el Octubre boliviano, las experiencias avanzadas de control obrero y la lucha salarial en Argentina y los fenómenos de reagrupamiento de la vanguardia obrera en Brasil. Esto lo distingue de los procesos de la década pasada donde los actores dominantes eran el campesinado y los pueblos indígenas, como fue el caso del levantamiento zapatista de 1994, el MST en Brasil, los campesinos en Paraguay y su punto más alto en las movilizaciones que en Ecuador derribaron a los gobiernos de Bucaram (1997) y Mahuad (2000). Por supuesto, esto no niega que estos aliados estratégicos del proletariado sigan jugando un rol muy importante, como lo demuestran en los países andinos, en particular en Bolivia, la participación de los campesinos e indígenas del Altiplano y los cocaleños del Chapare. Sin embargo, como se expresa en Argentina y Brasil, la recomposición del movimiento de masas se expresa más por una lenta pero sostenida recuperación del movimiento obrero industrial y de los servicios, concentrados en las grandes ciudades.

Los recambios de gobiernos “progresistas” buscan responder a esta situación para recomponer un equilibrio burgués. Ante la crisis y el descontento generalizados del movimiento de masas creados por el salto en la expoliación imperialista que sufrió la región, las burguesías locales se vieron obligadas a recurrir a un recambio en parte importante de su personal político dejando atrás sus desgastados gobiernos

neoliberales y encaminándose hacia gobiernos de carácter más reformista con el objetivo de contener las tendencias a la radicalización en los casos donde hubo estallido de masas o evitar que estos emerjan en lugares donde los procesos están más atrasados *Los gobiernos de Lula, Kirchner o Tabaré expresan distintos proyectos de conciliación de clases para contener el desarrollo de las crisis nacionales y los procesos de masas, lo que incluye negociar una readecuación de las relaciones entre las distintas fracciones de las clases dominantes y “adecuar” con retoques mínimos las relaciones con el capital extranjero y el imperialismo.*

En Bolivia, luego de octubre, asumió Carlos Mesa, que se vanagloriaba de ser “independiente” de los partidos, un gobierno que se caracterizó por su extrema debilidad y que no resistió las enormes contradicciones a las que se vio enfrentado. Aunque con un carácter más preventivo, el recambio de personal político fue más evidente en Brasil, donde por primera vez un ex-dirigente obrero ocupa la presidencia de la república, aunque como representante de un frente de colaboración de clases, o en el caso de Uruguay el gobierno de Tabaré Vázquez y del Frente Amplio que asume por primera vez luego de décadas de alternancia del viejo bipartidismo. En Argentina el gobierno de Kirchner aparece con un discurso más progresista aunque sustentado en el aparato tradicional del Partido Justicialista (PJ) y favorecido por la recuperación económica.

Por ahora estos gobiernos han tenido éxito en sus políticas de contención de la lucha de los explotados. Sin embargo su estabilidad puede ser pasajera, ya que no han solucionado ninguno de los problemas estructurales que afectan a los países de la región y que llevaron a grandes estallidos económicos y sociales como fue el caso de Argentina y posteriormente de la economía uruguaya. Ninguno ha solucionado la terrible carga que significa el pago de la deuda externa, ni los gobiernos de Lula y Tabaré que continúan en forma ortodoxa con los planes del FMI, ni el gobierno de Kirchner que se vanagloria de haber solucionado en forma progresista el endeudamiento externo, cuando después de la salida del default la deuda externa argentina significa la hipoteca de varias generaciones de argentinos. A pesar de decirse voceros de una supuestamente renovada burguesía nacional, ninguno ha alterado la estructura económica regresiva y semi-colonial de estos países donde es predominante la penetración del capital extranjero en su tejido industrial y de servicios. Tampoco han paliado las enormes desigualdades sociales que se manifiestan en la creciente brecha de ingresos entre los sectores más ricos y los

sectores más pobres, o la creciente concentración de la tierra en manos de unos pocos terratenientes y el creciente empobrecimiento de los campesinos. Y ahora el gobierno de Lula se ve sacudido por escándalos de corrupción al mejor estilo neoliberal. Incluso en Venezuela, el gobierno de Hugo Chávez, que se encuentra a la izquierda de los gobiernos anteriores (apoyándose en la liquidación del viejo sistema de partidos y con características más populistas como árbitro entre la creciente movilización de las masas y las fuerzas de la reacción y del imperialismo), sigue pagando puntualmente la deuda externa y salvo mínimas concesiones no ha resuelto el acuciente problema de la tierra y la miseria de los pobres urbanos.

Por otra parte, en México, la reciente crisis política con el intento de proscripción de López Obrador (candidato del centroizquierdista PRD para las próximas elecciones presidenciales) ha vuelto a poner sobre el tapete la verdadera naturaleza de las políticas de “transición a la democracia” alentadas por el imperialismo durante las décadas pasadas. En México, con el paso del viejo priato, tras 70 años, mediante una “transición pactada”, a un régimen más “pluripartidista” acompañado de la subordinación cada vez más aguda de la economía nacional al imperialismo, a través del TLC-NAFTA, sobreviven todos los males estructurales del atraso, la miseria, la explotación y opresión sanguinarias sobre los trabajadores, los campesinos, los pueblos originarios, y esta “democracia” no ha sido más que una estafa a las más elementales y legítimas aspiraciones democráticas del pueblo trabajador.

Todos estos elementos reafirman que no hay solución a los males estructurales del capitalismo semicolonial, ni siquiera conquistas importantes para las masas, sea en el terreno económico-social o de las libertades democráticas, sea en el terreno de la independencia nacional, a través de los proyectos reformistas, nacionalistas y progresistas, conciliando con la clase dominante y adaptándose a los estrechos márgenes de las “democracias para ricos” semicoloniales, como proponen los Lula, los Tabaré Vázquez, Kirchner, Chávez o Evo Morales. Sólo a través de la más amplia, radical y generalizada movilización de masas, con la clase obrera acaudillando la alianza de las masas oprimidas y explotadas y tomando en sus propias manos la solución a sus problemas, es como pueden atacarse las demandas más vitales y sentidas de los trabajadores, los campesinos y el pueblo pobre.

Esto recalca la importancia de demandas en los países de América Latina como el no pago de la deuda externa, la renacionalización de las empresas privatizadas bajo control de los trabajadores, la lucha por la

escala móvil de las horas de trabajo frente al flagelo de la desocupación y la escala móvil de salarios frente a la inflación de los productos que componen la canasta familiar, la expropiación de los grandes latifundios y el reparto de la tierra entre los campesinos, medidas esenciales que la izquierda en su giro a la centroizquierda, es decir, en su salto en la integración al régimen burgués, ha abandonado y que hoy día son parte insustituible de todo programa que quiera enfrentar en forma consecuente la dominación imperialista, a la que están atadas por mil lazos las débiles burguesías nacionales de la región.

Brasil y la estafa del reformismo “obrero”

El gobierno de Lula expresa la estafa de los partidos obreros reformistas que, canalizando el descontento de las masas trabajadoras tras décadas de ofensiva burguesa e imperialista, se posicionan como una alternativa confiable para gerenciar los planes del capitalismo. Su ascenso es producto de la ruptura de la vieja alianza conservadora que sustentó al gobierno neoliberal de F. H. Cardoso y de los temores de la burguesía brasileña frente al posible contagio del default y de las jornadas revolucionarias del 2001 en Argentina. Gracias a Lula la burguesía brasileña ha evitado el “escenario argentino” y ha garantizado la continuidad del programa neoliberal. Así, el Partido de Trabajadores más grande de América Latina, no sólo conformó un “gobierno reformista sin reformas” sino que se transformó en el gobierno de la contrarreforma, con ataques brutales a las más importantes conquistas que los trabajadores brasileños le habían arrancado a la burguesía en décadas de lucha. A seis meses de gobierno llevó adelante una reforma de la previsión social que ni siquiera el gobierno de Cardoso se había animado a aplicar, y se preparaba para nuevas reformas en el campo laboral y sindical cuando fue sacudido por los escándalos de corrupción que obligaron a la renuncia de uno de los dos principales ministros de Lula, José Dirceu.

En amplios sectores del movimiento de masas comienza a cundir la desilusión con Lula y su gobierno. Sus políticas antiobreras y antipopulares contra los trabajadores y el pueblo pobre, han abierto un proceso de reorganización y rupturas en importantes sectores de vanguardia, tanto en lo político como en lo sindical, que pueden estar preanunciando grandes movimientos en el seno de las masas. En las clases medias que depositaron sus esperanzas en que Lula terminaría también con el enriquecimiento ilícito de los funcionarios, las acusaciones de corrupción golpean profundamente. Un síntoma parcial de estas tendencias a

la ruptura en el plano político se expresa en el surgimiento del PSOL, y en el movimiento sindical en realineamientos y rupturas dentro de la CUT, que se transformó en guardián de los planes de Lula en el movimiento obrero, de las cuales es una expresión la formación de CONLUTAS (agrupamiento hegemonizado por el PSTU). Pero ambos fenómenos corren el peligro de repetir el curso reformista del petismo de adaptación a la democracia burguesa y a la conciliación de clases y de convivencia con la burocracia sindical. Esta no es una afirmación literaria. En su segundo encuentro nacional el PSOL se negó a votar una enmienda a su resolución nacional que proponía que este partido se declaraba contrario a cualquier tipo de alianzas con partidos de la burguesía como el PDT o el PSB, todo con el ojo puesto en las futuras elecciones de 2006. Por su parte en CONLUTAS, el PSTU, que es predominante, encubre con una retórica izquierdista su negativa a dar una batalla frontal para expulsar a la burocracia sindical de la CUT y sus sindicatos y recuperar los mismos como herramientas de lucha para los intereses de los trabajadores.

Comparados con los 48 millones de asalariados, 22 millones de ellos organizados en la CUT, y los 53 millones que votaron a Lula, se muestra a las claras que estos fenómenos que se desarrollan en Brasil aún son muy pequeños. Frente a esto es necesario superar los planteos impotentes y mezquinos luchando para que millones de trabajadores avancen en su experiencia con el petismo levantando políticas transicionales de masas para que los procesos de ruptura calen hondo en el conjunto de los explotados.

La demanda para que la CUT y sus sindicatos rompan con el gobierno constituye una poderosa arma para barrer a la burocracia sindical. Es necesario hacer chocar las aspiraciones de los trabajadores con la política de esta podrida burocracia. Exigir que rompa con el gobierno y que abra un debate sobre la necesidad de un Partido Obrero Independiente basado en los sindicatos y en las organizaciones obreras en lucha ayudará indiscutiblemente a la experiencia de las masas con el petismo y será el camino más fácil para barrerla de los sindicatos.

La vanguardia brasileña comienza a reorganizarse. Desde que asumió el gobierno viene librando importantes luchas. Sindicatos rompen con el gobierno y la CUT. Por eso es necesario luchar por un polo nacional antiburocrático, antigubernamental y anticapitalista que se transforme en un punto de atracción de los nuevos sectores que se predisponen a luchar. La CONLUTAS puede y debe transformarse en ese polo si es capaz de levantar la lucha por la independencia de clase y por barrer a la burocracia sindical. Este polo se debe

dirigir a los millones de trabajadores que están organizados en la CUT y en otras centrales sindicales, impulsando fracciones revolucionarias en los sindicatos.

Argentina y la lucha por la hegemonía de la clase obrera

Con el telón de fondo de la depresión económica que más tarde llevaría al default de la deuda externa, en diciembre de 2001 se produjeron las jornadas revolucionarias en Argentina que voltearon al gobierno de De la Rúa. Este hito de la lucha de clases fue resultado de la combinación de la lucha masiva de la clase media (parte de la cual había sido virtualmente expropiada de sus ahorros por el congelamiento de depósitos bancarios) contra el estado de sitio y contra la dirigencia política tradicional expresada en el reclamo “que se vayan todos”, la batalla de decenas de miles de jóvenes de vanguardia conocida como la Batalla de Plaza de Mayo, y un comienzo de estallido de los pobres urbanos que saquearon grandes comercios y supermercados. Como consecuencia de estos acontecimientos el régimen burgués vivió un período de zozobra, de debilitamiento de la autoridad estatal y una crisis de gobernabilidad de sus instituciones fundamentales expresada en sucesivos recambios gubernamentales por un corto período de tiempo.

Subproducto de estos acontecimientos revolucionarios emergieron y se consolidaron nuevos actores sociales que pasarían a formar parte del nuevo panorama político abierto tras el 2001: se fortaleció el movimiento de desocupados conocido como “piquetero” que agrupó a una fracción de los millones que quedaban sin trabajo; surgieron las asambleas populares que expresaban los reclamos de los sectores medios pauperizados y por último, aunque más minoritario, el movimiento de las fábricas ocupadas cuyo emblema fueron las luchas y el control obrero de las fábricas Zanón y Brukman, que sembró un jalón al mostrar cómo luchar frente a los cierres de empresas y los despidos mediante la gestión directa de la producción. El límite de este proceso fue la no entrada masiva del proletariado con sus métodos de lucha, debido al rol aterrador de la desocupación y la política traidora de la burocracia sindical. Esta carencia se manifestó en que la alianza de clases entre sectores de la clase media y los desocupados expresada en el grito “piquete y cacerola, la lucha es una sola”, aunque tuvo un carácter progresivo fue incapaz de llevar adelante una lucha seria contra el Estado burgués; por lo que luego de un primer momento de ascenso fue reabsorbida mediante el comienzo de la reactivación económica para los sectores medios y el clientelismo estatal masivo con respecto a los desocupados. Este re-

sultado demuestra el rol insustituible de la clase obrera para hegemonizar la lucha contra el capital y su estado.

Este elemento está ausente en concepciones semipopulistas como la del Partido Obrero de Argentina, que identificó al piqueterismo como la vanguardia del sujeto social revolucionario, concepción que liquida a la clase obrera como unidad y diluye la fuerza social efectiva de cada uno de sus sectores, abstractando –como si fuera posible– el piquete como fuerza territorial, del poder social que emana de la producción y los servicios. O peor aún en el caso del populismo, oponiendo el “territorialismo” a la centralidad del proletariado.

En segundo lugar porque en nombre de la “esencia revolucionaria de la pobreza” se abandona la lucha por conquistar a la mayoría de la clase obrera y sobre todo sus batallones centrales concentrados en los nudos neurálgicos de las relaciones de producción capitalistas.

Luego de un período de inestabilidad, la asunción del gobierno de Kirchner con su retórica centroizquierdista permitió restaurar la autoridad del Estado y cerrar los aspectos más agudos de la crisis, aunque ésta se mantiene en forma latente. Al calor de la reactivación económica empieza a surgir la clase social que estuvo ausente en las jornadas revolucionarias: la clase obrera que ha empezado a luchar por una importante recuperación salarial cuyo punto más alto ha sido el triunfo de la huelga de los trabajadores del Subte encabezados por un cuerpo de delegados independiente de la burocracia. Este sector está confluyendo con lo más avanzado de la experiencia obrera del período anterior como son los trabajadores de Zanon y su heroica defensa de la gestión obrera de su fábrica, que ya lleva más de tres años y es un ejemplo para la vanguardia obrera nacional e internacional, y en donde los trotskistas que escribimos este manifiesto jugamos un importante rol de dirección.

Sin embargo, este nuevo movimiento obrero que está surgiendo tiene pendiente resolver las tareas que el 2001 dejó abiertas. En primer lugar, la lucha por la coordinación de las expresiones más avanzadas de la clase obrera para que estas sean un polo contra el dominio de años de la burocracia sindical sobre el movimiento obrero. Aunque localmente y por momentos esta coordinación se ha expresado, como fue el caso de la Coordinadora del Alto Valle de Río Negro que agrupó a varios gremios y organizaciones combativas de la provincia de Neuquén, hegemonizadas por Zanon y el sindicato ceramista que encabeza, o en la reciente huelga de subterráneos donde confluyeron activistas de ferroviarios, salud, telefónicos, ceramistas, etc., es necesario avanzar hacia una coordinación permanente de los sectores avanzados de la vanguardia.

Pero esta unidad no alcanza. Es necesario dar un paso superior: esto es la lucha por la independencia política de los trabajadores para que estos puedan hegemonizar al conjunto de los sectores explotados de la nación oprimida. Por eso está planteado impulsar la formación de un gran Partido de Trabajadores basado en las propias organizaciones de lucha de la clase obrera, los sindicatos, las comisiones internas, los cuerpos de delegados de las grandes empresas, y por supuesto las organizaciones representativas de los desocupados independientes del gobierno. Hablamos de un verdadero partido que le arranque la influencia de masas al peronismo, que pueda decidir el curso de los acontecimientos en la vida política nacional. Un partido que pueda expresar en el terreno político la fuerza social de los 10 millones de trabajadores asalariados y los más de 3 millones de desocupados.

Bolivia y la necesidad de la autoorganización obrera y popular como contrapoder

Bolivia muestra una tendencia recurrente de las masas a la lucha y a la acción directa. Desde la “guerra del agua” de 2000 en Cochabamba en adelante las masas bolivianas han mostrado una enorme capacidad de combate y de renovadas energías. Han desarrollado en estos combates innumerables medios y formas de lucha como el bloqueo de caminos (esencialmente campesino) tendiendo el “cerco” sobre la ciudad; el paro activo obrero y popular, con la movilización de masas convergiendo y presionando sobre los centros neurálgicos del poder estatal; la insurrección de las barricadas, como “lucha de todo el pueblo” en la disputa por el territorio y buscando impedir las operaciones de las fuerzas estatales; y las acciones militares avanzadas, expresión de la insurrección en su aspecto más ofensivo.

El “ensayo revolucionario” de Octubre de 2003 marcó un salto cualitativo con respecto con los procesos que le precedieron y que tenían como actores centrales a los campesinos e indígenas. Esta vez por el carácter social más urbano, la radicalidad en los métodos y un comienzo de entrada en escena de la clase obrera se planteó un enfrentamiento más directo entre las fuerzas sociales fundamentales de la sociedad boliviana, abriendo un proceso revolucionario, lo que lo diferencia del resto de los procesos que hasta ahora se desarrollaron en América Latina. La combinación del levantamiento de masas con procesos de insurrección espontánea como el de la ciudad de El Alto culminó con la caída del gobierno de Sánchez de Losada y la asunción del gobierno de Mesa en medio de una crisis revolucionaria abierta en la que se esbozaron algunos elementos embrionarios de dualidad de poderes. Sin

embargo, las principales direcciones –sobre todo Evo Morales y Felipe Quispe– se opusieron acérrimamente a concretar de alguna forma el frente único que las masas imponían en las calles y rutas, y sobre todo, a que surgieran formas superiores de frente único de masas democráticamente organizadas que pudieran erigirse en órganos de poder obrero y popular.

Como consecuencia de esto quedó planteada una amplia desproporción entre la espontaneidad de cientos de miles salían a luchar a las calles con una enorme determinación e iniciativa, y las instituciones existentes del movimiento de masas, que sólo agrupan efectivamente a una minoría –la COB– o que por su carácter no eran los canales más adecuados para el levantamiento insurreccional en marcha –como las juntas vecinales–. Las direcciones reformistas y burocráticas defendieron en todo momento diversas variantes de salidas por dentro del régimen democrático burgués y apoyaron el recambio constitucional y la asunción de Carlos Mesa, desmontando el embate revolucionario abierto.

No obstante la huida de Sánchez de Losada fue experimentada como un importante triunfo por los sectores movilizados.

El gobierno de Mesa tuvo una enorme debilidad producto de su origen. Durante un primer período intentó gobernar apoyándose en las direcciones del movimiento de masas –fundamentalmente el Movimiento al Socialismo de Evo Morales. El MAS demostró así su carácter conciliador y defensor del régimen democrático burgués.

El intento de Mesa de romper el estancamiento de la situación, presionado por la derecha reaccionaria de Santa Cruz de la Sierra y los intereses del imperialismo y las multinacionales petroleras y gasíferas, dio lugar a la ruptura de este débil consenso y a una renovada situación de tensión entre las clases en los primeros meses de 2005 y a la primera renuncia de Mesa en marzo, que intentaba así reunir el apoyo necesario para garantizar la “governabilidad”. El acuerdo por arriba con el viejo Parlamento con el sostén de los desacreditados partidos que en su momento apoyaron a Sánchez de Losada fue de corta duración. Un nuevo embate del movimiento de masas que reclamaban la efectivización de la “agenda de octubre” concretada en la demanda de nacionalización de los hidrocarburos, puso fin a los 18 meses de gobierno de Mesa, evitó que la oligarquía de Santa Cruz se quedara en el gobierno a través de la asunción Hormando Vaca Díez como presidente. Mineros y sectores medios de la ciudad de La Paz confraternizaron para evitar que se consolidara un gobierno de la elite cruceña. A diferencia de Octubre de 2003, donde la represión jugó un rol

clave en la radicalización de las masas de El Alto, esta vez el Ejército no intervino, ya que esto podría haber derivado en un alzamiento revolucionario.

Se logró nuevamente una salida dentro de los marcos constitucionales del régimen democrático burgués y el “vacío de poder” se resolvió con la asunción provisional de Eduardo Rodríguez, ex presidente de la Suprema Corte de Justicia, candidato de la Iglesia, del ex presidente Mesa y de Evo Morales. Pero estos mecanismos están mostrando su agotamiento. Las jornadas revolucionarias de junio de 2005 demostraron una vez más que amplios sectores de vanguardia y de masas sienten un profundo desprecio hacia el parlamento y hacia las instituciones del régimen político. La burguesía también está dividida y el sector rico de Santa Cruz quiere imponer también su agenda derechista de avanzar en la “autonomía” de la región, es decir, ser los socios de las multinacionales en la explotación de los hidrocarburos.

Este nuevo pico del proceso revolucionario abierto implicó una experiencia importante para amplios sectores del movimiento de masas, sobre todo en El Alto que actuó claramente como vanguardia del proceso. En primer lugar, se ha abierto un debate alrededor de la idea de la Asamblea Popular como órgano de frente único de las masas movilizadas, como expresión del doble poder, cuya conformación fue proclamada en El Alto por dirigentes de la FEJUVE y la COB pero sin ninguna política para concretarla verdaderamente. Al calor de esta discusión se empezó a difundir ampliamente la posibilidad de responder con la autoorganización de las masas a las necesidades de coordinación, abastecimiento, conducción política y autodefensa militar.

En segundo lugar, se han reunido sistemáticamente más de 500 juntas vecinales en El Alto, con la participación de sectores más radicalizados que en algunos casos han logrado imponer su política a los dirigentes conciliadores como Abel Mamani. Por último, trabajadores de la planta de gas licuado de Senkhata, que provee a las ciudades de La Paz y El Alto discutieron coordinar con las Juntas Vecinales la distribución a favor de los sectores más necesitados y contra los especuladores.

El MAS de Evo Morales volvió a jugar en esta crisis revolucionaria el rol de salvador del régimen que había jugado en Octubre del 2003. Consolidándose como el principal partido nacional (tal como había demostrado ya en las elecciones municipales y luego, ratificando su influencia en el movimiento de masas en las movilizaciones de marzo). A nivel nacional, el MAS aparece más consolidado como aparato político, y más integrado al Estado burgués, cumpliendo el rol de pata izquierda del régimen y contención de las

tendencias más revolucionarias de las masas. Emergió de este conflicto con su bancada más unificada y fogueado en las maniobras parlamentarias enfrentándose a muchos políticos profesionales de la burguesía. Pero al mismo tiempo, más cuestionado por sectores avanzados de las masas y con crisis en su propia base, lo que lo obligó a izquierdizar el discurso con poses más nacionalistas, pero sin poder imponer hegemonía entre los sectores movilizadas (lo que se expresa sobre todo en El Alto).

La necesidad de crear órganos de poder del movimiento de masas es un problema estratégico para los futuros combates del presente proceso revolucionario en Bolivia. De ahí radica la importancia del llamado a una Asamblea Popular. Es necesario que la COB, la FEJUVE y COR alteñas, las federaciones de colonizadores del Chapare, Yungas y demás organizaciones en lucha, convoquen con urgencia a una Asamblea Popular para que los trabajadores y el pueblo puedan discutir, fijar una posición independiente y un curso de acción, unificando la lucha contra el gobierno y los planes de la reacción y el imperialismo. No se trata de hacer “acuerdos de dirigentes” sino de coordinar efectivamente, discutiendo y organizando desde las bases. Es necesario convocar a una Asamblea Popular con representantes de base con mandato de sus asambleas de todos los sectores obreros, campesinos, pueblos originarios, del Altiplano y del Oriente, de cada fábrica, mina, barrio popular o comunidad, para discutir un programa de acción obrero y campesino ante la crisis nacional y un plan de lucha que culmine en la huelga general política con bloqueo nacional de caminos, retomando el camino de Octubre en la perspectiva de un gobierno obrero y campesino, única manera de hacer efectivas demandas populares como la nacionalización de los hidrocarburos bajo control de los trabajadores, y una Asamblea Constituyente verdaderamente libre y soberana.

En esta perspectiva, el rol de las direcciones reformistas se demuestra cada vez más nefasto. Después de Octubre y hasta hoy, el MAS de Evo Morales se colocó como “pata izquierda” del régimen, apoyando a Mesa y su política de “reacción democrática”. Hoy vuelve a servir a los intereses de la contrarrevolución, sosteniendo la “salida institucional” y el llamado a elecciones, oponiéndose por todos los medios a que las movilizaciones logren abrir camino a la efectiva nacionalización del gas, esto es, a la expulsión de las petroleras. Todo esto, en nombre de su estrategia de “reformas en democracia”, es decir, actuando dentro del régimen y conciliando con los empresarios, los terratenientes y las transnacionales.

El programa y los métodos del reformismo “democrático” de discurso indigenista traicionan los intere-

ses más elementales de las masas del campo y la ciudad y de la liberación nacional que dicen representar.

Por otra parte, Jaime Solares, ejecutivo de la COB y otros dirigentes, pese a sus discursos “rojos”, volvieron a apelar ante el vacío de poder con la renuncia de Mesa, al supuesto “patriotismo” de los militares propiciando una solución “cívico militar”. Esta política funesta, que ya fracasó en el levantamiento del 21 de enero del 2000 en Ecuador (donde todos los indigenistas, maoístas y otros reformistas apoyaron a Lucio Gutiérrez) alimenta ilusiones de que las FF.AA y la Policía boliviana, masacradoras de Octubre, pueden “ponerse del lado del pueblo”, lo que sólo puede traer confusión y desarmar a los trabajadores contra cualquier amenaza represiva o golpista. Evo, Solares y otros, a pesar de sus diferencias, coinciden en una estrategia de colaboración de clases con sectores burgueses y de presión sobre el régimen, y son enemigos frontales de que las masas obreras y campesinas se orienten hacia una salida política independiente.

Es necesario ir forjando al calor de los actuales combates una nueva dirección al frente de nuestras organizaciones, que levante una estrategia de movilización revolucionaria de masas basada en la plena independencia política de los trabajadores y en la alianza obrera, campesina, indígena y popular contra el imperialismo y sus aliados.

Hace falta una nueva dirección, obrera y revolucionaria, al frente de la COB y de los sindicatos. La “materia prima” para ella comienza a formarse en los miles de luchadores y dirigentes de base que al calor de combates como los de Octubre vienen haciendo una gran experiencia política y de lucha. La pelea por un reagrupamiento de esta vanguardia en torno a una política de independencia de clase, para que la clase trabajadora acaudille la alianza obrera, campesina indígena y popular hasta derrotar a las transnacionales y sus aliados “nativos” e imponer por vía insurreccional una salida obrera y campesina, es la pelea por poner en pie un gran partido de los trabajadores, que se nutra de las mejores tradiciones de lucha del proletariado y las masas, para plantear un programa revolucionario, socialista e internacionalista.

Venezuela y la necesidad de expropiar a la gran patronal para derrotar al imperialismo

Tras el desmoronamiento del viejo régimen político oligárquico Venezuela ha vivido una enorme polarización social y política. Es que la efervescencia del movimiento de masas ha ocupado el escenario político tras la figura de Hugo Chávez ansiando hacer realidad sus demandas y expectativas, ya que durante décadas de neoliberalismo había visto caer cada vez más

sus condiciones de vida y sus derechos políticos pisoteados. Los pobres urbanos y sectores importantes de los trabajadores se transformaron así en los protagonistas de un vasto movimiento social sobre los cuales el presidente venezolano se apoya socialmente al mismo tiempo que intenta contenerlo con ciertas reformas sociales, procurando poner en pie nuevas formas políticas institucionales ante el derrumbe del régimen político de los partidos tradicionales.

Sin embargo, aprovechando la crisis económica internacional, la oligarquía que venía de un retroceso pasa nuevamente a la ofensiva. Así, los personeros del antiguo régimen, junto a la burocracia sindical opositora de la Central de Trabajadores de Venezuela y los jefes de las cámaras patronales, azuzando a las clases medias que vieron caer su nivel de vida por los tempranos fracasos económicos del gobierno, entraron en una febril actividad política contrarrevolucionaria con el objetivo de apartarlo del poder.

Una vez más será el movimiento de masas, centralmente los pobres urbanos, que con sus masivas acciones, saldrán a las calles a hacerle frente a la nueva embestida de la patronal proimperialista para sacar del poder a Hugo Chávez. A lo largo del 2002 y comienzos del 2003, el presidente venezolano tuvo que enfrentar un intento de golpe de estado y un lockout patronal que agudizó la crisis económica que se venía arrastrando. En ambos acontecimientos, Chávez, sus ministros y funcionarios quedaron paralizados y con poca iniciativa. Fue gracias a las movilizaciones contundentes de los trabajadores y el pueblo pobre que pudo ser derrotado el golpe y gracias también a la resistencia de los trabajadores, que llegaron a controlar la producción en algunas de las instalaciones de la industria petrolera o se opusieron al boicot patronal, que se pudo desarticular la ofensiva golpista. Estas dos derrotas consecutivas en las calles de la oposición proimperialista y contando con el apoyo del Alto Mando, es lo que alentó a Chávez a pactar en mayo de 2003 un referendo revocatorio con la OEA, el grupo de “países amigos de Venezuela” y la Fundación Carter, que se realizó en agosto de 2004, y del cual salió triunfante. Nuevamente el movimiento de masas responderá con una masiva votación alcanzando el triunfo de los candidatos chavistas en las posteriores elecciones regionales y locales donde obtuvo 21 de las 23 gobernaciones y 239 de las 332 alcaldías, lo que le permitió legitimarse por medio del voto.

Pero Chávez en ningún momento, tras a las intenciones contrarrevolucionarias de la oposición pro imperialista, se propuso tocar los intereses más sensibles de la burguesía golpista ni del imperialismo, es decir, su poder económico, sus bancos y sus grandes empre-

sas. Justo cuando era el momento para asestar un duro golpe a la burguesía y el imperialismo. Todo lo contrario, en vez de proponerse derrotar a la gran patronal y el imperialismo en tierras venezolanas Chávez llama a conciliar constantemente a sectores de la burguesía que se muestran “dialoguistas”, ya que su objetivo es desarrollar una burguesía nacional funcional a sus planes políticos. En ningún momento ha dejado de pagar un solo instante la fraudulenta deuda externa contraída por el viejo régimen oligárquico que condena al atraso al país y es un mecanismo de expoliación imperialista. Así luego del golpe, Chávez llegó pidiendo perdón y mandó volver a sus casas a las masas que lo trajeron al poder, sentándose luego a “dialogar” con representantes de la oposición, pero con ningún representante de la clase obrera, ni de los pobres urbanos y campesinos pobres. Lo cierto es que el presidente venezolano necesita apoyarse en las masas y sus movilizaciones pero al mismo tiempo necesita impedir que estas adquieran un curso independiente.

Es que Chávez ha venido intentando “elevarse”, por así decirlo, por encima de las clases sociales y jugar el rol de árbitro entre los intereses del capital extranjero y nacional, y los del conjunto del capital y las masas explotadas, intentando conciliar y armonizar estas fuerzas antagónicas. Por el otorgamiento de ciertas concesiones al movimiento de masas basado en la alta renta petrolera y la búsqueda de cierta libertad en relación al capital extranjero es lo que nos permite afirmar que el régimen de Chávez tiene rasgos bonapartistas sui generis de izquierda. Pero lejos está de los trazos fundamentales que alcanzó este tipo de regímenes en casos como el de Cárdenas o de Perón. A diferencia de este último que se apoyaba en el rol de los sindicatos y la clase obrera en su puja con el imperialismo norteamericano, Chávez se apoya en los pobres urbanos y fundamentalmente en las Fuerzas Armadas, lo que le da un carácter más timorato aún con respecto a estas experiencias que llegaron hasta a nacionalizar importantes resortes de la economía nacional y tuvieron fuertes enfrentamientos con el imperialismo. Por eso el objetivo del presidente de Venezuela es repautar las relaciones con EE.UU. para negociar desde una mejor relación de fuerzas los términos de intercambio, sin romper los lazos fundamentales de la subordinación nacional al orden imperialista.

Sin embargo la situación venezolana sigue abierta, pues las contradicciones que engloba preanuncian nuevos choques entre las clases. El imperialismo permanentemente amenaza a Venezuela, y la única forma de derrotarlo es expropiando la burguesía y los intereses del capital extranjero. Pero esta tarea solo la puede hacer la clase obrera hegemonomizando y dirigiendo una alianza revolu-

cionaria con el resto de los sectores explotados, ya que Chávez no lo va a hacer por su carácter de clase. Por eso es necesario luchar por la expropiación de los principales pulpos capitalistas y poner toda la economía en manos de los trabajadores, los campesinos y los pobres de la ciudad y el campo, para organizarla en función de las necesidades de las mayorías trabajadoras. Sólo la clase trabajadora puede acaudillar consecuentemente la lucha de la nación oprimida contra el imperialismo.

Por eso, lejos de pregonar la subordinación política de los trabajadores al chavismo y al tibio programa de reformas de la “revolución bolivariana”, como hacen la mayoría de las fuerzas de izquierda, es urgente desarrollar la lucha por una política obrera independiente, consecuentemente contra la reacción interna y el imperialismo, pero explicando pacientemente la necesidad de no depositar la menor confianza política en Chávez y su proyecto nacionalista.

En el plano internacional Chávez ha levantado la necesidad de la “unidad bolivariana”. En todos sus encuentros con los gobiernos latinoamericanos lanza esta propuesta demagógica y así se la presenta al movimiento de masas. Como marxistas revolucionarios luchamos, para romper con el atraso y la esclavitud a que nos somete el imperialismo, por una poderosa federación de los países latinoamericanos. Pero no será la retrasada burguesía latinoamericana, atada por uno y mil lazos con el imperialismo quien cumplirá este objetivo. Estas burguesías no pueden ni podrán desarrollar la unidad latinoamericana. En las últimas décadas hemos visto incluso como han dado un salto como agentes del capital extranjero, y como mucho lo que hacen es regatear frente a las exigencias más brutales del imperialismo, esperando mejorar los términos de intercambio pero para su beneficio, no de las masas explotadas del continente y en el marco de la subordinación al imperialismo, sin romper con el cual es imposible siquiera proponerse la superación del atraso, la miseria y demás taras del capitalismo semicolonial. Por eso afirmamos que la lucha contra el imperialismo, que es inseparable de la lucha contra sus aliados locales, las burguesías nativas, sólo puede ser librada consecuentemente por el proletariado dirigiendo al conjunto de las masas oprimidas de sus propios países. Contra la demagogia “bolivariana” o “sudamericanista” de nacionalistas y reformistas, decimos que la necesaria unificación económica y política de América Latina en una poderosa federación sólo podrá ser realizada por la clase obrera, tomando en sus propias manos y al frente de los explotados y oprimidos la lucha continental contra el imperialismo. Por eso la principal consigna para alcanzar este objetivo es la lucha por la Confederación de Repúblicas Socialistas de América latina y el Caribe.

Cuba, un punto nodal para los revolucionarios latinoamericanos

Cuba sigue siendo un Estado obrero, aunque profundamente deformado y debilitado. Las conquistas fundamentales de la revolución están siendo erosionadas, pero aún no han sido destruidas. El núcleo fundamental de la economía sigue estando en manos del Estado. Hay enormes obstáculos para el proceso de restauración en las bases de propiedad heredadas de la revolución, en las relaciones de fuerza entre las clases, en la conciencia “igualitaria” y antiimperialista de las masas.

La estrategia norteamericana de subordinar más estrechamente al mundo semicolonial mediante una política de fuerza basada en el poderío militar y en la imposición de una dominación política más directa —lo que significa un salto en el proceso de recolonización de América latina— choca directamente contra la existencia misma de un Estado obrero en Cuba, considerada por los medios dirigentes norteamericanos como un obstáculo a sus planes regionales. En este sentido, estrangular a la revolución cubana es una prioridad estratégica para EEUU. Así, forzar la “transición democrática” es uno de los objetivos declarados del imperialismo y promovido por la “disidencia” interna de derecha para garantizar el paso lo más ordenado posible hacia la restauración capitalista. Por su parte, la Unión Europea pasó a impulsar abiertamente la “transición” y a financiar y promover a los “disidentes”. Desde hace años, España y otras potencias europeas, en el marco de las rivalidades comerciales interimperialistas que hacían atractivo al mercado cubano, se han diferenciado de la política yanqui de bloqueo y no sólo practican un amplio intercambio comercial con Cuba, sino que han alentado inversiones de sus monopolios en la isla. En todo este tiempo reclamaban la “apertura democrática” que permita la libre organización interna de las fuerzas restauracionistas pero manteniendo buenas relaciones diplomáticas con Castro y sin asumir una línea de apoyo activo a la oposición como ahora.

La continuidad de las políticas adoptada por Castro no hace sino fortalecer las tendencias procapitalistas y debilitar las reservas de la economía nacionalizada y la energía y disposición de las masas para resistir el asedio imperialista. El imperialismo saca partido del aislamiento y las concesiones de Castro para aumentar la presión para forzar el vuelco político hacia la “transición”, necesario para abrir de par en par las puertas a la recolonización capitalista de Cuba.

Sin embargo, lejos de ser inevitable la recolonización de Cuba, el hecho decisivo es que la revolución está aún viva. Todavía no han podido agotar sus fuerzas ni el asedio imperialista ni la desastrosa conducción

burocrática. Los trabajadores y el pueblo cubano han demostrado a lo largo de cuatro décadas su heroísmo y extraordinaria capacidad de resistencia. En este sentido, la estrategia imperialista chocará con enormes obstáculos para imponerse definitivamente. El proletariado cubano, la fuerza social decisiva de la isla, necesita prepararse en esta perspectiva estratégica, es decir, prepararse para irrumpir revolucionariamente y tomar en sus propias manos los destinos de Cuba, derrocando a la burocracia que capitula ante el imperialismo y, cada día que mantiene su dominación, hunde más profundamente las conquistas de la revolución.

Ante el asedio imperialista –contra el bloqueo y toda otra forma de agresión– el punto de partida del marxismo revolucionario es la defensa incondicional del Estado obrero pese a sus graves deformaciones burocráticas y su dirección. En caso de agresión militar estamos incondicionalmente en el campo de Cuba por la derrota del imperialismo. Pero en ningún caso significaría darle apoyo político a la dirección castrista, que está llevando a la ruina las conquistas de la revolución, desmoralizando a las masas y abriendo el camino a la restauración del capitalismo. No es posible separar la lucha contra el imperialismo de las tareas de la revolución política dejando ésta para una “segunda etapa”. La defensa de la revolución pone en primer plano y tiene por condición la lucha intransigente contra la dominación de la burocracia y por un régimen de democracia obrera.

En la medida en que las conquistas fundamentales de la revolución, aunque debilitadas, subsisten, el programa de una nueva revolución será esencialmente político, combinando con aquellas tareas de carácter social que surja de la necesidad de combatir a los elementos semicapitalistas y capitalistas que se han desarrollado. Los elementos esenciales de nuestro programa apuntarán, naturalmente, a limitar los elementos de mercado y las concesiones a lo compatible con los intereses de la revolución, la defensa y ampliación de las bases de la economía nacionalizada, el fortalecimiento del proletariado como clase social y políticamente dominante. Sólo así podrá despejarse el camino para avanzar en la construcción del socialismo.

Es necesaria una revisión radical de la política económica. Los trabajadores tienen derecho a exigir la revisión de las concesiones al capital extranjero, de acuerdo a los intereses de la revolución. Debe reimplantarse el monopolio del comercio exterior. Los trabajadores, a los que se reclama todo el sacrificio y esfuerzo en nombre de la “batalla por la producción” deben tener el derecho a controlar y decidir sobre todas las cuestiones vitales de la producción y el abastecimiento, en la fábrica y nacionalmente. Debe elevarse el salario de los trabajadores y disminuir las desigualdades al mínimo estrictamente com-

patible con las necesidades de la transición al socialismo, esto sería posible a expensas de los ingresos de los altos funcionarios estatales y de los “nuevos ricos”, y de los altos gastos improductivos que provoca la gestión burocrática. Para esto es necesario tirar abajo los privilegios de la burocracia. La política de reformas debe ser reemplazada por una nueva política económica en interés de los trabajadores del campo y la ciudad y el fortalecimiento de la economía nacionalizada, según el principio de la planificación democráticamente centralizada.

Parte central es la lucha por la legalidad a las corrientes que defienden la revolución, y luchar por plenas libertades políticas y de organización a las masas. El saneamiento de la economía cubana exige, en primer lugar, la más amplia libertad de organización para los trabajadores, comenzando por la abolición de toda la legislación y los estatutos que consagran el “papel dirigente” del Partido Comunista en los sindicatos y demás organizaciones de masas. Los obreros deben recuperar pleno derecho a la huelga, la autonomía de sus sindicatos y el derecho a crear nuevos sindicatos, comités de fábrica u otras formas que deseen. Deben luchar por la plena libertad de discusión, reunión y prensa para los trabajadores cubanos. La juventud, tan sensible a la atmósfera de opresión política, debe tener las más amplias libertades políticas, culturales y de organización.

El monopolio político del Partido Comunista y su rol de “partido de Estado” deben terminarse ya. No habrá verdadera democracia para las masas trabajadoras sin derecho a organizarse independientemente del Partido Comunista. Combatir la opresión política del régimen castrista no significa aceptar la demagogia de la democracia “pura”, es decir burguesa, ariete del imperialismo para imponer sus planes de “transición” es decir, de contrarrevolución con maquillaje democrático. El bonapartismo burocrático con sus instituciones, como la Asamblea Nacional, debe ser reemplazado por una genuina democracia obrera y revolucionaria, basada en órganos de poder de los trabajadores, democráticamente organizados de abajo hacia arriba, integrados por representantes electos directamente y con mandato de la base, que puedan ser revocados en cualquier momento y que no ganen más que lo que percibe un obrero calificado.

La política exterior de Cuba debe inspirarse en un genuino internacionalismo obrero y no en la “coexistencia” con el imperialismo y el apoyo a las burguesías “amigas” del tercer mundo. Hoy más que nunca el destino de la revolución cubana está ligado al desarrollo de la lucha de clases en América latina y el mundo. Los trabajadores y la juventud cubana necesitan estrechar lazos con los de América latina y Estados Unidos en la lucha común contra el imperialismo. El mayor obstáculo en este camino

son el castrismo y sus aliados stalinistas y reformistas del continente, que al servicio de su estrategia de colaboración con la burguesía han prostituido la bandera del internacionalismo proletario. Hoy, la defensa de Cuba exige que sea un puntal de la revolución continental. La unidad económica y política con otros países de la región sería el punto de partida para poner fin al aislamiento, pero esto sólo puede realizarse bajo una política de clase: ¡los trabajadores tienen que tomar en sus manos la lucha continental por la expulsión del imperialismo bajo la consigna de una Confederación de Repúblicas Socialistas de América latina y el Caribe!

Los trabajadores de Cuba necesitan una nueva dirección. El Partido Comunista y el régimen no pueden

“autoreformarse”, es necesario tirar abajo la burocracia castrista. Los sectores proburgueses y proimperialistas de oposición y la Iglesia utilizan las reivindicaciones democráticas para tratar de capitalizar el hartazgo ante la asfixiante opresión política del castrismo y la dura situación económica. Para combatir estos intentos y ayudar al proletariado cubano a tomar en sus manos los destinos de la revolución hace falta poner en pie una oposición obrera, marxista e internacionalista, es decir, construir un verdadero partido obrero y revolucionario, armado con el programa de la revolución política para arrancar el poder a la burocracia e imponer un régimen de democracia obrera revolucionaria, en el camino de la construcción del socialismo.

4. POR LA REVOLUCIÓN OBRERA Y SOCIALISTA Y LA DICTADURA DEL PROLETARIADO

La experiencia histórica de la lucha de la clase obrera internacional, desde la Comuna de París hasta la revolución rusa de octubre de 1917 y las revoluciones del siglo XX, muestra que la burguesía defenderá a sangre y fuego su poder por medio de la maquinaria represiva de su estado. Los trabajadores sólo podrán derrocar al capitalismo por medio de una insurrección violenta que divida y derrote al ejército y la policía, que destruya el estado burgués y que sobre sus ruinas establezca su propio poder político, un estado obrero transicional basado en los órganos de autodeterminación del proletariado y las masas explotadas y el armamento general de la población. Este estado obrero se basa en el establecimiento de nuevas relaciones sociales surgidas de la expropiación y nacionalización de los principales medios de producción, el monopolio del comercio exterior y la planificación de la economía y en el curso de la transición al socialismo, extendiendo sus funciones al conjunto del pueblo organizado en soviets, va generando las bases mismas para su futura extinción. Así como el estado burgués, más allá de sus formas políticas —parlamentarias o dictatoriales— constituye la dictadura de clase de la burguesía sobre el proletariado y la mayoría expropiada de sus medios de subsistencia, el estado obrero constituye la dictadura del proletariado, es decir, la dominación política de la clase obrera encabezando una alianza con el resto de las clases subalternas, sobre la ínfima minoría de explotadores, ahora privados de su poder político y económico.

Luego del colapso del stalinismo, la burguesía, a través de sus partidos políticos, de las direcciones burocráticas de la clase obrera y de ideólogos y académicos, se ha encargado de fomentar en las masas el “sentido común” de que no existe otro régimen político-social posi-

ble más que la democracia burguesa, y que toda revolución socialista conduce al “totalitarismo”, igualando la dictadura del proletariado con el régimen de partido único. Incluso teóricos que se llaman “anticapitalistas” y “comunistas” han cedido a esta moda, reemplazando la estrategia de la revolución obrera y la toma del poder político por parte del proletariado, por un pseudo “contrapoder” que no se propondría destruir el poder estatal ni la propiedad capitalista, y que por lo tanto dejaría intacto el poder burgués.

Desde las filas del marxismo, en lugar de combatir la pesada carga de la herencia stalinista reivindicando lo mejor de nuestra tradición trotskista, del combate a muerte contra el stalinismo y de la lucha por la recuperación de la estrategia soviética, el Secretariado Unificado y otras corrientes “trotskistas” menores reniegan cada vez más abiertamente de la revolución, por la vía de considerar que en la propia sociedad de transición y en el estado obrero anida el totalitarismo burocrático. En su último congreso la LCR ha renunciado expresamente a la dictadura del proletariado, sustituyéndola por la lucha por la “democracia hasta el final”, mostrando su profunda adaptación a la democracia burguesa.

Contra esta adaptación vulgar, sostenemos que la dictadura del proletariado sigue siendo la clave de la estrategia marxista para derrotar a la burguesía. Para los marxistas revolucionarios la dictadura del proletariado es equivalente a un nuevo tipo de democracia, la democracia proletaria basada en los órganos de autodeterminación de masas, los soviets o consejos de obreros. Esta es la forma política más democrática del dominio de la clase obrera, que necesitará del estado obrero transicional mientras exista el im-

perialismo y las clases enemigas, y por lo tanto esté planteada la necesidad de defender la revolución frente a los ataques de la reacción burguesa, tanto interna como externa.

En su lucha implacable contra el stalinismo, Trotsky desarrolló en la década de los '30 las bases de un programa revolucionario para la sociedad soviética, y para la sociedad de transición en general, mostrando claramente que había una alternativa al stalinismo y que el dominio burocrático no era inevitable. Este programa, cuyos pilares básicos son la democracia soviética, la planificación democrática de la economía combinada con mecanismos que permitan controlar la marcha del plan como un funcionamiento subordinado del mercado y una moneda fuerte y estable, y la lucha por la revolución socialista internacional, conserva toda su validez en la actualidad a la hora de pensar las líneas estratégicas para una sociedad de transición al socialismo.

La democracia política está indisolublemente ligada a la democracia económica. Como planteaba Trotsky para la URSS, “la democracia soviética no es una reivindicación política abstracta o moral. Ha llegado a ser un asunto de vida o muerte para el país”. Esto es así porque en una economía nacionalizada, en la que el mercado sigue existiendo pero progresivamente tiene que ir perdiendo relevancia a medida que avanza la capacidad de planificación, la calidad supone necesariamente la democracia de los productores y de los consumidores que permitan corregir los errores de producción por medio de la crítica y la participación obrera y popular en el proceso productivo.

La burocracia stalinista liquidó todo órgano de poder obrero y popular y se apropió de la maquinaria estatal, instaurando una dictadura de partido único que ejercía su dominio por medio del terror. Progresivamente se fue liberando de todo mecanismo de control sobre el proceso económico. Sus estadísticas de producción eran falseadas según las necesidades de la casta gobernante o de burócratas medios en función de alcanzar los objetivos del plan. Para Trotsky, la combinación de la planificación democrática de los principales resortes económicos con la acción “reguladora” del mercado, constituían un mecanismo que podía controlar y en cierta medida realizar el plan, poniendo a prueba la eficacia de los departamentos de planificación a través del cálculo comercial.

Esto se complementaba con una moneda fuerte, estable y convertible, que actuara en última instancia como medición objetiva de la productividad del trabajo, y como índice del estado real de la economía.

Esta combinación hoy resulta clave para la transición, ya que permitiría usar los mecanismos correctores del mercado, teniendo en cuenta sus distorsiones,

para contrarrestar las desproporciones de la economía y tener una estimación comparada con el mercado mundial, de la productividad de la economía planificada.

En la sociedad de transición el funcionamiento de los soviets es lo que permite a través del proceso de libre crítica, alcanzar un relativo equilibrio entre las necesidades que plantea el desarrollo actual de las fuerzas productivas, el esfuerzo requerido y la reducción progresiva de la jornada de trabajo. A su vez, el proceso de libre crítica de los consumidores es insustituible para alcanzar una calidad aceptable de los bienes y servicios producidos. En un estado obrero transicional revolucionario que busca desarrollar los elementos socialistas presentes en la propiedad nacionalizada, la planificación de la economía no tiene nada que ver con la “economía de comando” stalinista, sino que cuenta con la participación conciente de productores y consumidores a través de los concejos obreros.

La experiencia stalinista pervirtió absolutamente la relación entre órganos de frente único de masas – los soviets- y el partido revolucionario, transformando a la dictadura del proletariado en dictadura del partido stalinista.

Trotsky le opuso a este régimen de partido único, el pluripartidismo soviético como norma programática, fundamentado en la existencia de otras clases sociales no explotadoras en la sociedad de transición, como por ejemplo el campesinado, y en la heterogeneidad de la clase obrera. Esta misma heterogeneidad social es la que plantea en forma aguda la necesidad de un partido obrero revolucionario que persiga concientemente la realización de los fines de la revolución y que gane la dirección en los organismos soviéticos.

El fracaso del stalinismo mostró la imposibilidad de desarrollar el socialismo dentro de las fronteras nacionales. Si hubiese triunfado la revolución alemana probablemente el proletariado de ese país avanzado hubiera asistido a la joven revolución rusa, ahogada por el atraso y el cerco imperialista.

La conquista del poder por parte del proletariado es sólo el inicio de un proceso de transformación de todos los aspectos de la vida económica, política y social de un país, a la vez que un punto de apoyo para la extensión de la revolución socialista en el terreno internacional, porque sólo derrotando al capitalismo en sus centros será posible el socialismo como proyecto de emancipación de la humanidad de la explotación y la opresión. Esto permitiría avanzar hacia la conquista definitiva del “reino de la libertad”, que consiste en una sociedad basada en la desaparición del trabajo asalariado, la mercancía, la moneda y el estado, una sociedad comunista.

PARTE III

MOVIMIENTO OBRERO, SUBJETIVIDAD Y DIRECCIÓN

1. LA LUCHA DE CLASES Y LAS VIAS DE RECOMPOSICION DEL MOVIMIENTO OBRERO Y DE MASAS

Aunque la lucha de clases y los enfrentamientos entre revolución y contrarrevolución no son los elementos predominantes en la actual situación internacional, es evidente que, luego de más de dos décadas de retroceso, estamos atravesando un período de lenta y tortuosa recomposición del movimiento de masas, y en particular, un avance en la subjetividad del movimiento obrero, con desigualdades por países y regiones.

En ese marco es que debemos ver el desarrollo de nuevos fenómenos políticos y de lucha, que aunque con distinta dinámica y profundidad, expresan esta lenta recomposición.

Entre los ejemplos más recientes podemos señalar:

1) el surgimiento en el año 2003 del movimiento antiguerra –con epicentro en los países centrales– que protagonizó las movilizaciones más masivas de la historia moderna contra la guerra imperialista en Irak.

2) la emergencia en Irak de una resistencia armada a la ocupación norteamericana casi inmediatamente después del triunfo imperialista sobre el régimen de Hussein que, aunque no ha dado lugar hasta ahora a un movimiento de liberación nacional de masas simi-

lar al que enfrentó Estados Unidos en Vietnam o Francia en Argelia, ha expuesto los límites del uso del poderío militar norteamericano.

3) la tendencia a la acción directa y a la intervención obrera en América Latina, en particular en el Cono Sur, que se viene desarrollando en los últimos cinco años, donde en países como Ecuador, Argentina y Bolivia, la movilización de masas derribó a los gobiernos neoliberales abriendo una crisis orgánica en los regímenes burgueses. Como demuestran los levantamientos revolucionarios en Bolivia de octubre de 2003 y junio de 2005, Latinoamérica constituye sin lugar a dudas el destacamento de avanzada de la lucha de clases internacional.

Estos procesos dan cuenta de que se ha abierto un nuevo período transitorio, marcado por la caída del stalinismo y, más en general, la pérdida de hegemonía de los viejos aparatos contrarrevolucionarios que dirigieron durante décadas al movimiento obrero y popular. Pero este despertar a la vida política de millones no implica en sí mismo radicalización y, menos aún, acciones independientes que tiendan abiertamente a la revolución, con la excepción parcial de Bolivia. Producto de las derrotas previas, de la brutalidad de la

ofensiva capitalista y de las direcciones reformistas y burocráticas, prima en general una suerte de ideología del “mal menor”. En el caso del movimiento antiguerra esto se manifestó en que mayoritariamente confió en las Naciones Unidas o en la acción de potencias imperialistas opuestas a la guerra para frenar la ofensiva norteamericana. Electoralmente se expresó por ejemplo en Estados Unidos en la campaña “*anybody but Bush*” (cualquiera menos Bush) materializada en el voto por el candidato demócrata Kerry, que había apoyado la guerra. Sin embargo, esto no niega la enorme importancia que ha tenido este movimiento en el despertar político de miles de jóvenes que hoy siguen expresando un sector más radicalizado y sensible a políticas de izquierda.

En América Latina, este grado de inmadurez del movimiento obrero y de masas, por el momento le ha dado un respiro a la burguesía, permitiendo en países como Argentina, un recambio del personal político.

Desde la perspectiva de la revolución obrera y socialista, lo más importante a destacar de estos procesos, es la emergencia de un nuevo movimiento obrero que en los últimos años viene dando muestras sostenidas de un cambio embrionario, pero de valor sintomático fundamental, en su subjetividad.

Un nuevo movimiento obrero

El crecimiento de la cantidad de asalariados en las últimas dos décadas ha desmentido categóricamente las tesis del “fin del trabajo” que tuvieron su auge a principios de la década de los '90. La clase obrera se ha extendido a regiones que anteriormente eran mayoritariamente campesinas como por ejemplo los países del sudeste asiático. Millones de mujeres se han incorporado a la fuerza de trabajo. Con el creciente peso de los grandes servicios, como el transporte, la energía y las comunicaciones, los obreros expulsados de las fábricas e industrias en las décadas de 1980 y 90, fueron reconcentrados en estos sectores que se volvieron clave para el funcionamiento de la economía capitalista.

Como consecuencia de las contrarreformas neoliberales, la fuerza de trabajo ha sufrido una importante reconfiguración, caracterizada por una enorme fragmentación, una disminución de la clase obrera industrial, un aumento de los trabajadores desocupados y un crecimiento de un nuevo proletariado de los servicios, más joven, precarizado y con muy baja sindicalización.

La fragmentación combina trabajos complejos altamente intelectualizados como los de informática y comunicaciones, con la creación en el otro extremo,

de trabajo “descalificado o de baja calificación”, mal pago, precarizado, muchas veces en negro y sin ningún derecho laboral. El capitalismo en su fase actual tiende a crear ambos tipos de trabajo y a reforzar su dominio en base a la división de las filas obreras.

Esta reconfiguración de la clase obrera, junto con el retroceso de las últimas dos décadas, el colapso del stalinismo y la pérdida de conquistas que se habían conseguido como subproducto de la revolución rusa de octubre de 1917 y de la lucha de clases a lo largo del siglo XX, permitió el auge de teorías pequeño burguesas que, haciéndose eco del triunfalismo capitalista, anunciaron que la lucha de clases era algo del pasado y que la clase obrera había dejado de ser el sujeto social de la revolución, diluida en “multitudes” amorfas o en movimientos sociales identitarios.

Pero los vaticinios de estos ideólogos sobre una nueva época sin combates de clase no iban a durar mucho tiempo.

En 1995, la huelga de los trabajadores del sector público en Francia puso en evidencia no sólo que la lucha de clases seguía existiendo, sino también la enorme fuerza social de esta nueva clase obrera que, al paralizar los ferrocarriles y los subterráneos, detuvo prácticamente la actividad en las grandes ciudades por más de un mes.

Esta tendencia de luchas en los grandes servicios se volvió a manifestar recurrentemente en los últimos 15 años, sobre todo en los países avanzados.

En Estados Unidos, la huelga de los trabajadores de UPS en 1997, la del gigante de la comunicación Verizon en 2000, la lucha de los trabajadores portuarios de San Francisco en 2002 que amenazó con desabastecer la Costa Oeste y en 2004 los seis meses de huelga de los trabajadores de los almacenes de supermercados, son algunos ejemplos de este fenómeno.

En Europa, además de los conflictos en compañías aéreas en distintos países, como los de Air France y Alitalia, el ejemplo más destacado fueron los sectores combativos de trabajadores de las empresas de gas y electricidad (GDF y EDF) de Francia, que enfrentaron la privatización parcial de esos servicios en 2004, a pesar de la traición de la burocracia sindical. Esta lucha incluyó medidas tan radicales como la de cortar la luz en edificios públicos y barrios aristocráticos y reconectar el servicio eléctrico interrumpido por falta de pago en barrios pobres, mostrando simbólicamente el enorme poder social de este proletariado. Estas luchas de trabajadores de servicios estratégicos tienden a superar a las burocracias sindicales como muestran las huelgas “salvajes” de los transportistas de Milán en 2003 y la de los trabajadores postales en Inglaterra en 2004.

Aunque la intervención del proletariado de los ser-

vicios se viene dando fundamentalmente en los países centrales, también se han desarrollado importantes combates de este sector de la clase obrera en países semicoloniales. Por ejemplo en Argentina, a pesar de haber sufrido una derrota aplastante a comienzos de los '90 con las privatizaciones, hoy los trabajadores de los grandes servicios públicos privatizados –ferroviarios, telefónicos, aeronáuticos y trabajadores del subterráneo- son la vanguardia del movimiento obrero, tanto en sus métodos de lucha como en las tendencias al surgimiento de delegados y dirigentes antiburocráticos y a una mayor democracia sindical.

Este proceso de recomposición en las grandes concentraciones de los servicios, parece estar anticipando procesos similares en los trabajadores de la industria, sector que más sufrió los golpes de las reestructuraciones neoliberales. En algunos países se combina ya con experiencias avanzadas de sectores de vanguardia de la clase obrera industrial, tanto desde el punto de vista de la lucha reivindicativa como de elementos de reorganización sindical antiburocrática.

En Italia, los trabajadores de la FIAT en 2003 protagonizaron una gran lucha contra los cierres de plantas. En marzo de 2005 los trabajadores de Citroen en Francia consiguieron una importante victoria en una lucha de un proletariado joven que desbordó a la dirección burocrática.

En Bolivia, donde la lucha de clases es más aguda, destacamentos avanzados del proletariado minero jugaron un rol central en el ensayo revolucionario de octubre de 2003 y en el levantamiento de junio de 2005.

En Argentina, la recuperación de fábricas por parte de sus trabajadores frente a los cierres y despidos que se desarrolló entre 2001 y 2002, muestra este avance en la subjetividad. En particular, la experiencia del control obrero de la producción en Zanon, un hecho inédito en el movimiento obrero mundial de los últimos años, constituye lo más avanzado de este proceso y ya se ha transformado en un hito a nivel internacional.

Aunque más atrasado con respecto a las luchas y a la acción directa, esta recomposición se empieza a ver en la experiencia política del proletariado brasilero con el PT y el gobierno de Lula, que está dando lugar a fenómenos antiburocráticos como CONLUTAS.

Con estos elementos queremos señalar que, si bien los trabajadores no ocupan aún el centro de la escena, hay tendencias incipientes pero significativas hacia la recomposición de su subjetividad, que tienen una importancia fundamental para la perspectiva de refundar un movimiento obrero clasista, combativo y en perspectiva, revolucionario.

Estrategia soviética, independencia de clase y partidos obreros revolucionarios

Desmentir las tesis del “fin del trabajo” no es más que un primer paso en el reconocimiento de la realidad empírica de la existencia de la clase obrera como “clase en sí”. Sin embargo, quienes sostienen estas teorías las contraponen a una cierta visión marxista vulgar, según la cual la clase obrera sería un todo homogéneo e indiferenciado, cuya unidad política sería expresión mecánica de su situación común en el proceso productivo. De ahí se deduce que la actual fragmentación de la clase obrera refutaría la estrategia marxista que se basa en el proletariado como la fuerza social con el poder suficiente para derrocar al capital. Nada más lejos de la realidad. En contra de las teorías en boga que dividen al proletariado según dicotomías rígidas: los que hacen trabajo material y los que hacen trabajo “inmaterial”, intelectual/manual, ingresos bajos/ingresos más altos, sector servicios/sector industrial y decenas de divisiones más, reafirmamos la definición clásica según la cual un obrero es quien vive de un salario que le impide acumular capital y que por esta condición de explotación bajo el mando del capital, la clase obrera es la clase más homogénea de la sociedad. Pero esto no quiere decir que neguemos sus diferencias internas. Por ejemplo Trotsky planteaba a mediados de los años '20 que *“El proletariado encarna una unidad social poderosa que en período de lucha revolucionaria aguda se despliega de modo pleno para conseguir los objetivos de la clase en su totalidad. Pero en el interior de esta unidad hay una diversidad extraordinaria, diría incluso que una disparidad nada despreciable. Entre el pastor ignorante y analfabeto y el mecánico especializado hay un gran número de niveles de culturas y de calificaciones y de adaptación a la vida diaria. Cada capa, cada gremio, cada grupo está compuesto en última instancia de seres vivos de edad y temperamento distintos, cada uno de los cuales posee un pasado diferente. Si tal diversidad no existiera, el trabajo del Partido Comunista para la unificación y educación del proletariado sería muy sencillo. Sin embargo, ¡qué difícil es esa tarea, como vemos en Europa occidental! Podría decirse que cuanto más rica es la historia de un país, y por tanto la historia de su clase obrera; cuanto más educación, tradición y capacidad adquiere, más antiguos grupos contiene y más difícil es constituirla en unidad revolucionaria”* (“No sólo de política vive el hombre”).

A diferencia de otras corrientes, la FT viene precisando las respuestas programáticas y prácticas para intentar superar la enorme fragmentación del proletaria-

do entre trabajadores ocupados y desocupados, contratados y permanentes, sindicalizados y no sindicalizados, peleando por su unidad con demandas transitorias como el reparto de las horas de trabajo y la escala móvil de salarios. Esta pelea por la unidad de las filas obreras, empieza a nivel de los lugares de trabajo, con la organización de comités de fábrica, comisiones internas y cuerpos de delegados que tienden a unificar democráticamente a todos los sectores y que enfrenta a los sindicatos burocráticos. Es clave la lucha por expulsar a las burocracias sindicales y por la recuperación de los sindicatos como verdaderos órganos de combate de los trabajadores, basados en la democracia obrera.

Contra el corporativismo del sindicalismo peleamos por la mayor coordinación en las luchas obreras y por que el proletariado vaya conquistando hegemonía en el conjunto de los explotados, ganándose primero el apoyo de otros sectores, por ejemplo en el caso de huelgas en los servicios públicos, teniendo una política activa hacia los usuarios, y más en general, tomando como propias las reivindicaciones de las clases explotadas y oprimidas por el capital, y de esa forma ir preparándose como clase dirigente del conjunto de la sociedad contra la explotación capitalista.

En esto reside la clave de la estrategia soviética, que embrionariamente anticipa el poder del proletariado, expresando no sólo la coordinación de sectores y el rol dirigente de la clase obrera, sino el ejercicio efectivo de la democracia obrera, con la libertad de tendencias y el debate de estrategias en el seno del movimiento obrero. Ligado a esto, impulsamos el pleno desarrollo de las tendencias más de izquierda de nuestra clase como por ejemplo el control y la gestión obrera en Zanon, que, como “escuela de planificación”, prepara a la clase obrera para las tareas de dirección.

Estas medidas programáticas y organizativas tienden a superar tanto la división interna como la profunda crisis subjetiva, que se expresa en que la clase obrera carece de independencia política y permanece atada al estado burgués por la vía de la burocracias sindicales y los partidos patronales. Su objetivo es dar pasos en la ruptura con los partidos burgueses y reformistas, y en poner en pie partidos obreros revolucionarios, que mediante un sistema de demandas transitorias, sea capaz de unir a las distintas capas de la clase obrera y de los sectores explotados y oprimidos, tras la estrategia de la toma del poder político.

2. SUBJETIVIDAD Y CRISIS DE DIRECCION REVOLUCIONARIA

El incipiente proceso de recomposición de la subjetividad obrera parte de una situación de retroceso de más de dos décadas y de una crisis de dirección revolucionaria de dimensiones históricas.

Desde fines de la Segunda Guerra Mundial, la subjetividad del movimiento obrero internacional fue moldeada por direcciones reformistas, centralmente la socialdemocracia y el stalinismo, y en los países semicoloniales el nacionalismo burgués. Durante los años del boom de la postguerra, la clase obrera en los países centrales y en algunas semicolonias prósperas, consiguió conquistas importantes –salariales, sociales, estado de bienestar. Incluso el capital fue expropiado en países de Europa del este y China dando lugar a nuevos estados obreros burocratizados. Sin embargo los grandes aparatos reformistas –los sindicatos dirigidos por la burocracia, los aparatos partidarios como los Partidos Socialistas, los Partidos Comunistas o el Partido Laborista británico- fueron limando las mejores tradiciones revolucionarias del

movimiento obrero.

El fin del boom económico y los procesos revolucionarios de fines de los '60 y mediados de los '70, pusieron en cuestión la hegemonía del reformismo, dando lugar a una oleada de radicalización política en amplias franjas de la vanguardia obrera y juvenil. El ensayo revolucionario de 1968-81 se extendió a los países centrales y semicoloniales; incluyó procesos de revolución política en estados obreros burocratizados y en su punto más alto llevó a la derrota militar del imperialismo en Vietnam.

Pero este gran ascenso obrero y popular puso de manifiesto la aguda crisis de dirección revolucionaria. Esos procesos fueron aplastados de forma sangrienta en América Latina y en los países del este europeo, o fueron contenidos y desviados en los países centrales, gracias al auxilio que prestaron a los regímenes burgueses los PS y los PC -y en el mundo semicolonial las direcciones nacionalistas burguesas y pequeñoburguesas.

La ofensiva neoliberal y el giro a la derecha de las direcciones reformistas

Después de algunos años de inestabilidad que siguieron a la derrota norteamericana en Vietnam, el imperialismo logró recomponerse y pasó nuevamente al ataque en los '80 y los '90. Estos años de ofensiva neoliberal inaugurada con los gobiernos de Reagan y Thatcher, implicaron derrotas de gran magnitud para el movimiento obrero que llevaron a la pérdida de conquistas materiales, a una disminución de la capacidad lucha, y a un importante retroceso en la organización y la conciencia de clase.

El triunfo británico en la guerra de Malvinas en 1982 llevó a un mayor sojuzgamiento del mundo semicolonial y facilitó la derrota en 1984 de la heroica lucha de los mineros ingleses que habían resistido por más de un año el cierre de las minas.

A comienzos de los '90, la victoria norteamericana contra Irak en la primer guerra del Golfo redobló la ofensiva capitalista que se continuó durante toda la década y reforzó el sentimiento de que era imposible derrotar al imperialismo.

La falta de intervención obrera y de una perspectiva de clase favoreció el desarrollo de fenómenos políticos completamente aberrantes y reaccionarios como por ejemplo las direcciones nacionalistas que encabezaron algunas luchas por la autodeterminación nacional –Bosnia, Kosovo, etc.-, o las distintas variantes de fundamentalismos islámicos en Medio Oriente que lograron audiencias de masas tomando las banderas del antinorteamericanismo.

Las direcciones tradicionales del movimiento obrero capitularon o directamente fueron cómplices de las políticas neoliberales. Mientras la sindicalización caía a niveles históricamente bajos, y los gobiernos promulgaban leyes antisindicales, las burocracias reformistas llegaron incluso a transformarse en socios menores en los procesos de privatizaciones.

Con la implosión de la URSS y los regímenes stalinistas entre 1989-91, el marxismo fue brutalmente desacreditado y la idea de la revolución socialista fue borrada del imaginario de los explotados. Los burócratas gobernantes en esos países compitieron entre sí para transformarse en los nuevos burgueses.

Los Partidos Comunistas europeos, que desde la década del '70 con el giro eurocomunista habían abandonado incluso toda retórica de clase, completaron su transformación en partidos directamente socialdemócratas y de centroizquierda. En algunos casos fueron parte de coaliciones de gobierno “social-liberales” como en Francia e Italia.

La socialdemocracia, que se alterna en el gobierno en gran parte de Europa con los partidos o coaliciones

de derecha, se transformó en agente directo de la aplicación de las políticas neoliberales, lo que la hizo prácticamente indistinguible de los partidos de la derecha tradicional. A mediados de los '90 recuperó su espacio electoral con los gobiernos de la llamada “tercera vía”. Pero fueron estos gobiernos reformistas los que más avanzaron en el proyecto imperialista de la UE, tratando de liquidar conquistas obreras y persiguiendo un programa de privatizaciones y de reforma de la seguridad social y los sistemas jubilatorios.

El gobierno laborista de Tony Blair, electo en 1997 tras casi veinte años de gobiernos conservadores, es continuador del thatcherismo. Su alianza con Estados Unidos en la guerra de Irak aceleró la crisis del Labour Party con su base obrera, dando lugar al surgimiento de una burocracia sindical partidaria de los viejos esquemas de negociación. El fenómeno de crisis llega también al electorado de clase media que había ganado en los últimos años. La socialdemocracia alemana está pasando por una crisis similar con el intento del gobierno de Schroeder de aplicar la llamada “agenda 2010”.

En los últimos años, este giro a la derecha provocó un profundo descontento con los gobiernos socialdemócratas, que se viene expresando electoralmente en la oscilación de la base de los partidos reformistas, en su gran mayoría obrera, que desde los '80 alterna entre votarlos contra el fortalecimiento de los partidos de la derecha y castigarlos por sus políticas gubernamentales.

Esta situación ha llevado en ciertos casos a polarizaciones electorales con el fortalecimiento de variantes de extrema izquierda y de derecha. La expresión máxima de esta situación fue la crisis del PS francés en las elecciones presidenciales del año 2002, lo que llevó a que la segunda vuelta se definiera entre la derecha tradicional de Chirac y la derecha xenófoba del Frente Nacional de Le Pen.

En América Latina, las direcciones nacionalistas burguesas, como el peronismo en Argentina, han sufrido un profundo descrédito al haberse transformado en ejecutores de las políticas neoliberales. Eso no quiere decir, por ejemplo, que la clase obrera argentina haya superado la conciencia de colaboración de clases que durante décadas le ha inculcado el peronismo, pero sí que se ha abierto un período de crisis de estos partidos y su base histórica, mayoritariamente obrera y popular. Esta crisis está dando lugar al surgimiento de nuevas mediaciones como el chavismo y el populismo, que se fortalecen con su retórica antinorteamericana en el marco del posibilismo generalizado del movimiento de masas. Estos constituyen obstáculos importantes para avanzar en la independencia de clase y en la construcción de una alternativa obrera y revolucionaria.

El giro a la derecha de la socialdemocracia y el stalinismo abrió un espacio a su izquierda, que expresa la desilusión de amplios sectores y su rechazo a las viejas direcciones reformistas, pero sin radicalización política ni desarrollo de tendencias centristas progresivas hasta el momento.

A nivel internacional, al calor del movimiento antiglobalización, se creó el Foro Social Mundial, hegemónico por organizaciones reformistas como ATTAC partidarias de la “humanización” del capitalismo. Transcurridos cinco años de la primera reunión del FSM en Porto Alegre, éste mostró su carácter de cobertura del reformismo socialdemócrata y sus gobiernos, como el de Lula en Brasil.

Desde el punto de vista de las organizaciones políticas, en este espacio no revolucionario, intentan desarrollarse partidos reformistas de izquierda que reclaman ser “anticapitalistas”.

Un modelo de este nuevo tipo de partido “anticapitalista” es el Scottish Socialist Party (Escocia), impulsado por un sector escindido de la tendencia trotskista The Militant, luego llamada Socialist Party, donde participan grupos socialdemócratas, ex laboristas, nacionalistas escoceses de izquierda, y también grupos que se reclaman revolucionarios como el Socialist Workers Party. Otro paradigma es Rifondazione Comunista en Italia, fundado a principios de los '90 por un sector resistente del viejo PCI al giro abiertamente centroizquierdista de la mayoría de ese partido y pequeños grupos trotskistas que han permanecido en sus filas por más de diez años, incluso cuando Rifondazione fue parte de la alianza de gobierno del Olivo. Este partido, que fue presentado por grupos como el SWP británico como un “ejemplo”, concretó en su VI Congreso un giro categórico a la derecha, dejando abierta la posibilidad de formar parte de un futuro gobierno de centroizquierda.

Estas organizaciones, al ser “amplias” desde el punto de vista programático, es decir, no revolucionarias, pueden tener también una base social-electoral más extendida, como muestran el “éxito” del SSP escocés, del Bloque de Izquierda en Portugal o de la Alianza Roja Verde en Dinamarca.

Un sector importante de grupos y corrientes que hablan en nombre del trotskismo o tienen sus orígenes en la Cuarta Internacional, como el Socialist Workers Party británico y la LCR francesa (la sección más importante del Secretariado Unificado), viene tratando de capitalizar esta crisis del reformismo clásico con su base electoral, a través de una política oportunista de impul-

sar partidos o movimientos “amplios” que les permitan confluír en una organización común —o en frentes electorales— con las alas de izquierda del reformismo. Este giro a la derecha se ha acelerado sobre todo con la emergencia del movimiento “no global” —y posteriormente antiguerra, como muestra la coalición electoral RESPECT impulsada y conformada por el SWP inglés junto a sectores burgueses de la comunidad musulmana de ese país.

La justificación de la LCR o del SWP para esta política oportunista, es que las organizaciones de la izquierda revolucionaria, por la fortaleza del stalinismo y la socialdemocracia, estuvieron confinadas durante décadas a ser pequeños grupos, aislados del movimiento de masas, y que hoy, a pesar de no haber radicalización política, la existencia de movimientos sociales, como el movimiento no global, presentan la oportunidad de superar esta situación y de evitar el peligro “sectario”. Para esto se proponen construir una nueva medicación a la que ven ligada a todo un período histórico.

Estas construcciones amplias, “anticapitalistas y pluralistas”, que aparecen de hecho como un atajo oportunista ante la dificultad real para construir partidos obreros revolucionarios, expresan la profunda adaptación política y programática de estas corrientes, que constituyen el ala derecha del llamado movimiento trotskista, al régimen democrático burgués. El ejemplo extremo de esta adaptación lo constituye la sección brasilera del SU, Democracia Socialista, que no sólo formó parte del gobierno municipal de Porto Alegre durante años, sino que uno de sus dirigentes, Miguel Rosetto, es Ministro de Desarrollo Agrario en el gobierno capitalista de Lula. El SU volvió así a la nefasta tradición “ministerialista” de la socialdemocracia de comienzos del siglo XX, violando todo principio elemental de no participar en gobiernos burgueses.

El descontento con las políticas neoliberales de Lula y la expulsión del PT de cuatro diputados estatales pertenecientes a grupos que se reivindican trotskistas, entre ellos la DS, llevó a la formación del PSOL (Partido Socialismo y Libertad) que constituye un experimento “avanzado” de la construcción de partidos amplios policlasistas adaptados al régimen democrático-liberal.

Estos partidos “anticapitalistas” tienen como punto de delimitación la oposición al “neoliberalismo” o al guerrerismo de Bush, no tienen ningún criterio de clase ni composición social obrera, por lo que son a todas luces proyectos de partidos pequeño burgueses,

adaptados a la democracia capitalista, partidarios de la colaboración de clases directa por medio de la participación en sus filas o en frentes electorales de políticos patronales.

La retórica “socialista” está al servicio del mero crecimiento electoral y de ir ampliando su lugar como izquierda del régimen burgués. Hablan de un “socialismo” sin revolución, a la manera del viejo reformismo socialdemócrata, que nada tiene que ver con la destrucción del estado burgués y la instauración de un estado obrero, sino con conseguir pequeñas reformas manteniendo el régimen de explotación capitalista.

Hay otras organizaciones trotskistas que rechazan esta política cuasi reformista y que mantienen formalmente el programa revolucionario, como Lutte Ouvrière en Francia, el PSTU en Brasil, y el CRCI – agrupamiento internacional en el que participa el Partido Obrero de Argentina. Nuestra corriente les ha planteado una campaña común contra el “ministerialismo” del SU, rescatando un principio elemental de clase de no participar en gobiernos capitalistas. Sin embargo, estos se han negado, de hecho permitiendo que Rosetto siguiera por más de dos años en el gobierno sin que desde la izquierda provoquemos una crisis en la DS y el SU.

Es que estos grupos, aunque con un discurso más de izquierda, tienen como prioridad el fortalecimiento de sus propios aparatos políticos en los espacios a izquierda que surgen dentro del régimen, y no que la clase avance, aunque sea un paso, hacia una estrategia revolucionaria. Por esto son partidos que oscilan entre la autoproclamación sectaria y el oportunismo político, entre el sindicalismo y el electoralismo, sin presentar una alternativa de clase internacionalista y revolucionaria ni una práctica política que busque hacer carne en un sector del proletariado el programa del trotskismo. Por ejemplo el Partido Obrero en Argentina ha dado un salto en su adaptación al régimen democrático burgués estableciendo una colateral “pique-tera” mediante la administración de planes sociales del estado. El grupo italiano Progeto Comunista, viene siendo parte desde hace más de una década de RC, con lo que más que un entrismo ha aportado en la construcción de un partido reformista de izquierda de colaboración de clases.

El PSTU viene tratando de hegemonizar burocráticamente un fenómeno todavía embrionario de ruptura política con el gobierno de Lula, con una orientación sindicalista para CONLUTAS que no permite que los miles de obreros de vanguardia se transformen en la avanzada de la lucha por expulsar a la burocracia sindical que sigue dirigiendo sindicatos de millones de trabajadores.

En esta nueva etapa, en la que los trabajadores comienzan a dar muestras de una recuperación en su subjetividad, en la que la ofensiva imperialista es repudiada y resistida por millones en el mundo, en la que ha vuelto a estar planteado el internacionalismo, en la que para avanzar cualitativamente es necesario romper con la direcciones reformistas y populistas que históricamente han llevado al desastre, se nos plantea la necesidad más imperiosa que nunca de dar pasos adelante en la reconstrucción/refundación del Partido Mundial de la Revolución Socialista, la Cuarta Internacional.

Nuestra corriente, la Fracción Trotskista por la Cuarta Internacional viene sosteniendo que no es suficiente tener programas generales correctos y hablar del socialismo y el internacionalismo. La prueba de una organización revolucionaria consiste en que ese programa se concrete en su práctica política, en que pelee por ser parte de la clase obrera y por dirigir a sus sectores más combativos, impulsando el desarrollo de las experiencias más avanzadas de nuestra clase transformándolas en lecciones programáticas para los combates futuros. Como por ejemplo la experiencia de control obrero en Zanón en Argentina, la pelea por el desarrollo de las tendencias antiburocráticas y por la independencia política en los fenómenos que ya está dando el nuevo movimiento obrero en Argentina y en Brasil. O nuestra intervención y las conclusiones político organizativas sacadas del proceso revolucionario en Bolivia. Porque sólo un trotskismo que se construya y se mida en la lucha de clases puede ser la base de la reconstrucción de un movimiento obrero revolucionario e internacionalista.

Somos concientes que constituimos una tendencia revolucionaria dentro del movimiento trotskista y que la refundación de la Cuarta Internacional y de partidos obreros revolucionarios nacionales no será producto del desarrollo evolutivo ni de nuestros grupos ni de otras corrientes que hablan en nombre del trotskismo, sino que surgirá de la fusión con elementos revolucionarios de la vanguardia obrera y popular. A nivel internacional constituimos un polo ideológico, político y organizativo que se propone recrear el marxismo revolucionario y transformar en programa las principales experiencias de la clase obrera internacional.

En ese marco, creemos que debemos poner todas nuestras fuerzas en la perspectiva de recuperar lo mejor de las tradiciones revolucionarias de la clase obrera, debemos demostrar la superioridad de nuestro programa y nuestra estrategia y la miseria de los que, en su afán de obtener un cargo parlamentario o sindical, concilian con los reformistas.

Desde la Fracción Trotskista por la Cuarta Interna-

cional presentamos este Manifiesto Programático para discutir con los obreros avanzados que comienzan a ser conscientes del poder social y político del proletariado para luchar contra el capital, con los jóvenes que han hecho su experiencia con las direcciones reformistas, y con todos aquellos honestos militantes de organizaciones de izquierda que ven la necesidad de resistir el curso derechista de sus direcciones.

Estamos dispuestos a debatir y a avanzar en la medida de lo posible con todas aquellas corrientes y

militantes trotskistas que reivindiquen programáticamente y en su práctica política la tradición y el legado revolucionario del trotskismo, para dar pasos concretos por medio de la experiencia común, de comités exploratorios o comités de enlace, según el grado de convergencia que tengamos, hacia la reconstrucción de la Cuarta Internacional como expresión del estado mayor de los explotados del mundo capaz de dirigir a la victoria los próximos procesos revolucionarios.